BIBLIOTECA NACIONAL
Clas.
Reg.
Fecha
PROCESOS TECNICOS

Inv. 1370

865
2

COMPOSICION RECITADA

POR SU AUTOR EL LXVIII ANIVERSARIO

DE LA INDEPENDENCIA CENTRO-AMERICANA,

ARCHIVO NACIONAL DE HONDURAS
TEGUCIGALPA

JUTICALPA
(REPUBLICA DE HONDURAS.—AMERICA CENTRAL.)
IMPRENTA DE LA ESPERANZA.

1889.

BIBLIOTECA NACIONAL
Clasif. 808.5
C736
Registro 2,680
Fecha 12/6/84
PROCESOS TECNICOS

¡Oh sombras de los héroes,
De aquellos adalides
Que han caido defendiendo
Su santa libertad
En púnicas contiendas,
En fabulosas lides
De aquesas tumbas frias
I losas levantad!

Milcíades! Arístides!
Celosos inmortales,
Que aun brilla vuestra gloria
Cual sol en el zenit,
Bajad desde el Olimpo,
I en cantos celestiales
Al son del arpa mía
Mi patria bendecid.

Aquellos espartanos
Trescientos de Leonidas
Que al choque formidable
De aquel persiano audaz
Cayeron sin aliento,
I poco eran sus vidas
Al darlas por lo grande;
Venid, resucitad.

Los Gracos allá en Roma
I acá en el Nuevo Mundo
De eximios ciudadanos
La gran constelación,
Moveos, despertaos!
Un grito sin segundo
Reclama vuestros nombres....
Os llama el corazón.

I Washigton é Hidalgo,
Obreros incansables;
Bolívar, de la historia
Figura colosal;
Que aun siendo muertos viven
I cuyas venerables
Cenizas, este día,
Se sienten palpitar.

I acá en la pobre Honduras
El rústico Lempira,
El héreo de la selva
Que lucha hasta morir,
Que osó siempre valiente
Del León la feroz ira,
Que exhala en holocausto
Su efímero existir.

Llegad, que un pueblo libre
Se ajita entusiasmado
En vértigos sublimes
De vívido placer;..
Dejad vuestros sepulcros,
Conjunto inanimado
De seres, que inmortales,
Lograron perecer.

Alzaos, es el día
La fecha de la historia .....
Honduras! Céntro-América!
Es justo aquí cantar:
Registra tus anales;
Contempla tu gran gloria.....
Tus hijos te bendicen,
Tus hijos te han de amar.

Unamos nuestras voces,
Unamos nuestros cantos,
Un himno aquí entonemos
Al astro redentor
Que en noche de tinieblas;
Terrible, de quebrantos;
Cual otro Jesu-Cristo;
La patria redimió.

¡Oh, 15 de Setiembre!
¡Oh, faro luminoso,
Que hicisteis huir las sombras;
La noche colonial,
I en vez de un cielo oscuro;
Negrusco, tempestuoso,
Se mira un horizonte
Que anuncia: ¡*Libertad*!

¡Oh, pueblo redimido!
La frente yergue, ufano;
Defiende ese azulado,
Glorioso pabellón,
Que es signo del que es libre;
Del que es republicano,
Que lleva en su alma el fuego
Divino de Platón.

I si un ente menguado
Pretende en su insanía
Tus leyes sacrosantas,
Tiránico, manchar,
Despiértate, no duermas
I lucha que algun día
Verás de la *injusticia*
La Libertad triunfar.

Juticalpa, Setiembre 15 de 1889.

GUILLERMO OSORIO R.

BIBLIOTECA NACIONAL
Clasif.
Registro
Fecha
PROCESOS TECNICOS

DISCURSO

QUE

DON FRANCISCO A. ZELAYA

PRONUNCIO

EN LA SALA CONSISTORIAL

el 15 de setiembre de 1889

EN CONMEMORACION DEL LXVII ANIVERSARIO DE NUESTRA

INDEPENDENCIA NACIONAL.

PROPIEDAD
BIBLIOTECA NACIONAL

JUTICALPA
(REPUBLICA DE HONDURAS.—AMERICA CENTRAL.)
IMPRENTA DE LA ESPERANZA.

1889.

En las múltiples evoluciones de la humanidad, entre las grandes y trascendentales modificaciones de las sociedades, en las contínuas luchas de los pueblos, se manifiesta siempre un espíritu de abanse que impulsa con fuerza irresistible á las sociedades próximas á sucumbir, y les da vigor, y recoje los fragmentos de moribundas civilizaciones, y anima las inteligencias, y les señala el camino de la regeneración y del progreso. Antíguas civilizaciones han dejado de ser; pero de sus empolvadas ruinas, han surgido fecundísimos gérmenes, que incubándose en nuevos pueblos, han sido fuentes de brillantes conocimientos.

El sentimiento humano se presenta siempre animado de movilidad, dando vuelo á la inteligencia, persiguiendo la verdad, anatematizando el error, en contínua lucha con opuestos elementos y tradicionales principios, descorriendo las sombras de la ignorancia, y buscando seguras vias de adelanto y perfeccionamiento. Desde que existen sociedades, se observan sus manifestaciones progresivas.

Las grandes revoluciones que han hecho derramar tanta sangre y tantas lágrimas, han tenido por causas, reformas de interés más ó ménos universitales.

Desde las más remotas edades, el pensamiento humano ha emprendido su grande obra; y paso á paso se dirige á la realización de magníficos ideales. Innumerables obstáculos se presentan: añejas tradiciones, intolerancias funestas, ridículos privilegios, se han opuesto encarnizadamente al adelanto de los pueblos; sin embargo, las grandes naciones

lidades antígnas revelan claramente que no permanecieron en la inaccion, y alcanzaron un grado tan avanzado en las ciencias y en las artes que han merecido la admiración de las sociedades modernas.

El Oriente lega sus ciencias al pueblo Griego; y Grecia abre templos al saber, se posesiona de todos los conocimientos, emprende atrevidas investigaciones, levanta una civilización vigorosa que había de servir de fuente inagotable y fecunda á todos los modernos conocimientos.

Grecia sucumbe al fin; pero al desaparecer, esparce regueros de luz que las huestes Macedonias depositaran en Oriente, y harían más tarde de Alejandría el foco de la civilización.

Roma se levanta y domina el mundo: reune todos los pueblos y modifica todas las sociedades; se proclaman en las luchas de Patricios y Plebeyos, la libertad y la igualdad de derechos; su anibición no reconoce límites, y por todas partes se hace sentir su influencia, y todas las miradas están fijas en ella, y todos los pueblos se declaran sus tributarios Pero aquella soberbia Roma, envanecida con sus triunfos perdió la austeridad de sus costumbres, y se entregó sin reflexión alguna al lujo y á los placeres á la disipación y al despotismo. La ciudad eterna yace en la destruccion. El colosal imperio se derrumbó, y sobre las ruinas de los antiguos pueblos se levantaron nuevas nacionalidades.

Las sociedades habian permanecido en una época aciaga, en un periodo de atroso y retroceso; pero el elemento

progresivo indestructible en el espíritu humano, no duerme, y en medio de la ignorancia que las imposiciones restrictivas y opresoras habían alimentado y exigido, surgen génios de inteligencia previlegiadas y generosos corazones, que desprendiendose de añejas preocupaciones, rompen los lazos de la tradición y el despotismo, espanden la imaginación y el pensamiento, buscan y encuentran la berdad, rasgan los densos velos que cubren el espiritu y arrojan chispazos de luz sobre la humanidad.

Comensada la obra de la regeneración, no se detiene: bullen en todas las conciencias la idea vivificante del progreso, y se lanzan á todas las investigaciones y á la realización de cuestiones que se relacionan inmediatamente con la constitución íntima de las sociedades: la Filosofía reclama sus principios sin ninguna restricción, todo se encamina á la realización de magnificos ideales, y fecundos elementos cooperan en pro del movimiento universal, y van desapareciendo los obstáculos que como miserables restos de la edad media se presentan para caer desvanecidos por la carrera triunfante de la civilización y la libertad.

Todo el Occidente se agitaba por romper las cadenas del absolutismo, por derrocar el poder de la inquisicion creada desde el siglo trece por Inocencio III y establecida en España é Itália.

La efervecencia revolucionaria se enardece, y Francia se pone en la cabeza del movimiento, llevando á cabo la revolución más grande y más fecunda que se registra en la Historia.

Las colonias inglesas en América habian proclamado su independencia, y se habian constituido en República bajo la dirección de Washington. Henry, Franeklin y otros Patricios eminentes. La revolución Francesa conmovió el mundo entero, y dictó principios de derecho universal. La revolución Francesa es la obra de los siglos: es el tabajo continuo de las conciencias: es la berdad brillando en toda su magnificencia como siglos antes casi al morir las antiguas sociedades, brillaba esplendorosa en el tabor: es el grito unánime que lanza el corazón de todos los oprimidos de la tierra en un momento de la historia: la revolución Francesa dígase lo que se quiera, es la última palabra del progreso sobre una época de opreción y barbarie, cuya férula sombría pesará tantos siglos en la pobre y trabajada humanidad. Fórmase el foco de luz, y en este foco divino encienden sus corazones los pueblos para declararse en el derecho, la justicia y la libertad.

La América Latina sintió también la influencia de la gran revolución, y levantando la frente, oprimida por tres siglos de repugnante esclavitud, patentiza á España y al mundo entero sus derechos, y se declara autónoma.

La Independencia de la América, es uno de los pasos más agigantados en la carrera del progreso. Donde quiera que caé una tiranía, donde quiera que se eleva y santifica un derecho, se rinde tributo á la justicia y se respetan las leyes de la Moral eterna.

La libertad y la soberanía de los pueblos debe ser siempre respetada, y cuando la fuerza arbitraria é ilegi-

tima pretenda hollarla y proscribirla, debe oponerse rigurosa resistencia, debe lucharse con denuedo hasta vencer y aniquilar odiosos despotismos.

Es así como se encamina la obra de la cibilización; es así como los pueblos llegan á ser grandes.

Los Estados Unidos de América, la gran república del Norte, creciendo con la práctica de las libertades públicas; respetando los inviolables principios del derecho individual, inicia una revolución redentora y el inmortal Lincol acatando las leyes de la conveniencia humana, rechaza la esclavitud, mengua y baldón de la humanidad.

La América Central, ha participado también del movimiento progresivo y aunque ha tenido que luchar continuamente con encontrados elementos, restos del antíguo regímen colonial, demuestra con evidencia que trabaja con entusiasmo en busca de notables adelantos, aferrada á la sombra de la sacrosanta libertad. Empero; si Italia, maestra de las naciones modernas se gloria de muchos varones perilustres, de esos que pasan á la posteridad uncidos con las palmas de la gloria, cómo El Dante, El Petarca, El Ariosto, El Tasso Miguel Angel y Rafael; de igual timbre los ha tenido nuestra vírgen América. Teneis el primero á Morazán, á Valle, á Reyes, á Calañas y Barindia; y otros tantos gérios que sería prolijo enumerar, y que duermen en el lecho suntuoso de la inmortalidad.

Perdonad Señores, si en momento tan solemne como es este, haya levantado mi vóz para significaros no como Filósofo, no como Orador ni Poeta, y sí como republicano, el regosijo que experimenta mi corazón, al operarse una festividad que nos recuerda el hermoso día en que fuimos libres, el 15 de Setiembre de 1821.

FRANCISCO A. ZELAYA.

DISCURSO

QUE

DON TRINIDAD L. AGUIRRE

PRONUNCIO

EN REPRESENTACION DE LA H. C. MUNICIPAL

el 15 de setiembre de 1889

EN CONMEMORACION DEL LXVII ANIVERSARIO DE NUESTRA

INDEPENDENCIA NACIONAL.

JUTICALPA

(REPUBLICA DE HONDURAS.—AMERICA CENTRAL.)

IMPRENTA DE LA ESPERANZA.

1889.

SEÑORES:

Hay honras y distinciones que abruman, y hay momentos en la vida del individuo, que forman una verdadera antitésis, un marcadísimo contraste. Tal me sucede á mí me tiene abrumado el alto honor que se me ha conferido y experimento sentimientos encontrados de satisfacción y pena á la vez, de orgullo que halaga mi vanidad y de modestia que me llama á que me coloque en el humilde puesto que me es propio; resultando de aquí la antitésis el contraste de que os hé hablado.

Hé sido designado por la H. C. M. para usar de la palabra en este resinto y en este gran día, que nos recuerda el glorioso triunfo de nuestros mayores y los generosos y abnegados sacrificios que estos hicieron para legarnos el precioso fruto de sus esfuerzos: la Independencia y la Libertad, ó sea la fundación de la República, con sus consiguientes levantadas instituciones democráticas.

Con la persuación de mi incompetencia para desempeñar tan elevado y honroso cometido, me presento ante vosotros, lleno de temor, á exponer el imperfecto hijo de mi imaginación y de mi entusiasmo, desnudo de galas y de imágenes que le comuniquen interés y esplendor; así, así como ha podido salir de la pobreza y oscuridad de mi cerebro.

Inmerecida es la honra que se me ha dispensado; y quiza por eso cobro alientos en este momento, para mi tan solemne, impulsado por el sentimiento de la gratitud de que estoy poseido, dando suelta á mis expansiones por la patria y para la Patria, me olvido de que mis aptitudes son escasas, mis talentos é instruccion limitadisimos, y mis méritos...¡Ah! mis méritos, negativos; y alentado por la concideración de vuestra bondadosa indulgencia, dejo oir mi humilde é inarmónica palabra, deseoso de que el viento la arrebate al salir de mis labios, para llevarla á que se pierda en las inmensas soledades del vacio, y el olvido la vele con su bendito sudario, para librarla del escalpelo de la critica, justa y razonada en unos, mordáz, insolente y torpe en otros; por que de todo hay en la viña del Señor. Porque Señores, no tengo pretensiones de orador ni, mucho ménos, la ilusión de llegar á serlo algún día.

El entusiasmo, Señores, estimula y pone siempre al hombre en el grado de ser audáz, intrépido, acometiendo empresas, hazañas para las cuales sería débil sinó le guiase ese sentimiento supremo, cuasi divino, que hace de un soldado un héroe; de un campesino un tribuno; de un hombre honrado un apóstol de la moral y del bien; de un niño un hombre; de una mujer una sacerdotisa del amor y de la caridad; y de un crellente un mártir de su idea y de su religión.

El entuciasmo, pues, es el genio benéfico que en este acto me asiste, me comunica valor y me dá inspiración, haciendo voladora mi fantacía, reproduciendo los hechos en mi memoria y creándome, en fin, esa especie de ficción su-

blime, que dá movimiento á los seres inertos, vida á lo inanimado y representa el cuadro maravilloso que dá nacimiento al arte bello de la pintura de la música y de la poesía. Solo que soy poéta sin númen y sin cadencias, músico sin armónias y sin plectro, pintor sin buril y sin paleta. Por consiguiente, no regalaré á vuestros oídos las melodias del arte divino, ni las cadenciosas estancias del ritmo; ni á vuestros ojos las asombrosas ilusiones de la obtica ilusoria, ni las alegorias magnificas que representan un acontesimiento, una época, una idea, un principio, una revolución, y, con todo eso, el renacimiento de la humanidad, surgiendo de la esclavitud á la Libertad; de la abyección á la dignidad; de la servidumbre al rango de la ciudadánía; del coloniaje á la Independencia; de la ignorancia á la ilustración; del fanatismo religioso á la libre investigación de las crencias; de los cepos del pensamiento á la libre emisión de las ideas; del abatimiento á la exaltación; de la pereza y el sueño á la actividad y el movimiento; de la barbarie á la civilización y de la postración al brio, en suma: del caos á la creación, de la oscuridad á la luz.

Tarea ímproba, dificilísima por demás, seria para mi presentaros el cuadro exacto de los sucesos, ora favorables, ora adversos, que precedieron al acontecimiento glorioso de nuestra emancipación del gobierno de la que fué nuestra metrópoli en ultramar, y de la que quiso ser tal, y lo fué fugazmente, en el Continente, durante el endeble iraquítico imperio del Coronel Don Agustín Iturbide en México; y además, cansado y engorroso para vosotros, que tendriais que fastidia-

ros, oyendo el relato municioso de una historia de 79 años, recargada de borrones y desperfectos. Por eso pescindo de haceros marchar por los escabrosos senderos de una penosa exploración, como la que resultaria de la larga y árida peregrinación por los enmarañados y oscuros puntos de nuestra confusa historia. Por eso presindo del relato de nuestro dilatado calvario bajo el despótico gobierno colonial y durante el largo periodo de la guerra civil en Centro-América, nacida, en mala hora, de las íntrigas bajas, de las ambiciones vulgares, de las volubilidades, de las vacilaciones, de los miedos, de la falta de fé, de las imprudencias, de las ingratitudes é inconsecuencias que caracterizaban, respectivamente, á los distintos partidos que se formaron del grupo más conspicueo de los independientes; en el que solo permanecieron llenos de fé inquebrantable y de esperanzas consoladoras los Barrundia, Molina, Flores, Valle, y otros de la misma escuela Liberal en Guatemala; los Delgado y Aguilar en San Salvador; los Herrera, Vijil y Rivera en Honduras; los Soto y Lacayo en Nicaragua, y no se si alguien en Costa Rica; cuyos fueron los Padres conscriptos de la Patria, los ilustres Próceres de la Independencia y los mártires de la Libertad Centro-Americana; los Penates, si cabe decirlo, de nuestro paganismo Político.

Empero, se me hace como forzozo, hacer una breve reseña del movimiento general y casi simultáneo que se operó en el Continente de Colón; como que estaban indentificados en ideas, en sentimientos levantados y generosos y en unos mismos pricipios, los hombres más prominentes de

las distintas latitudes de la América. Para hacerlo, tengo necesidad de ir con vosotros, en viaje imaginario, á contemplar las escenas que tuvieron lugar en todas y cada una de las secciones de que se compone este extenso, rico y portentoso hemisferio.

Vereis en el Norte: á Washington el inmortal despues de sacrificios indecibles, de hambres y privaciones insoportables; de combates horrendos, en los que era vencido unas veces, vencedor las más, con sus soldados desnudos y descalzos, sin paga y sin pan y ya en vias de desaliento casi desordenados, en un momento supremo dar el último formidable golpe á los ejércitos de la tiránica Albión; y con él, echar las bases de una portentosa Nación que, con sus sabias y bien ejecutadas leyes, con su moral política, su amor al trabajo y su culto por el derecho, está asombrando al mundo y siendo el control de las desatentadas groseras pretenciones de los gobiernos fuertes contra las Repúblicas débiles; que tiene, valiéndome de la gráfica espresión de mi querido hermano, "que ser, en un día no lejano, el gran Pontífice de la Democracia en América.

Vereis en el Sur: desde la cima de los Andes, descender la falange que San Martín el táctico y organizador admirable, había disciplinado preparándola para alcanzar la victoria mas acabada sobre el ejército español, realizando con ella la independencia de Chile, y condyuvando muy eficazmente á la del río de La Plata y del Perú. Y allá mismo, vereis que desde las alturas del Chinborazo, el Libertador Simón Bolivar abarca, con su vista de águila, las dilatadas

ros, oyendo el relato municioso de una historia de 79 años, recargada de borrones y desperfectos. Por eso pescindo de haceros marchar por los escabrosos senderos de una penosa exploración, como la que resultaria de la larga y árida peregrinación por los enmarañados y oscuros puntos de nuestra confusa historia. Por eso presindo del relato de nuestro dilatado calvario bajo el despótico gobierno colonial y durante el largo periodo de la guerra civil en Centro-América, nacida, en mala hora, de las íntrigas bajas, de las ambiciones vulgares, de las volubilidades, de las vacilaciones, de los miedos, de la falta de fé, de las imprudencias, de las ingratitudes é inconsecuencias que caracterizaban, respectivamente, á los distintos partidos que se formaron del grupo más conspicueo de los independientes; en el que solo permanecieron llenos de fé inquebrantable y de esperanzas consoladoras los Barrundia, Molina, Flores, Valle, y otros de la misma escuela Liberal en Guatemala; los Delgado y Aguilar en San Salvador; los Herrera, Vijil y Rivera en Honduras; los Soto y Lacayo en Nicaragua, y no se si alguien en Costa Rica; cuyos fueron los Padres conscriptos de la Patria, los ilustres Próceres de la Independencia y los mártires de la Libertad Centro-Americana; los Penates, si cabe decirlo, de nuestro paganismo Político.

Empero, se me hace como forzozo, hacer una breve reseña del movimiento general y casi simultáneo que se operó en el Continente de Colón; como que estaban indentificados en ideas, en sentimientos levantados y generosos y en unos mismos pricipios, los hombres más prominentes de

las distintas latitudes de la América. Para hacerlo, tengo necesidad de ir con vosotros, en viaje imaginario, á contemplar las escenas que tuvieron lugar en todas y cada una de las secciones de que se compone este extenso, rico y portentoso hemisferio.

Vereis en el Norte: á Washington el inmortal despues de sacrificios indecibles, de hambres y privaciones insoportables; de combates horrendos, en los que era vencido unas veces, vencedor las más, con sus soldados desnudos y descalzos, sin paga y sin pan y ya en vias de desaliento casi desordenados, en un momento supremo dar el último formidable golpe á los ejércitos de la tiránica Albión; y con él, echar las bases de una portentosa Nación que, con sus sabias y bien ejecutadas leyes, con su moral política, su amor al trabajo y su culto por el derecho, está asombrando al mundo y siendo el control de las desatentadas grosoras pretenciones de los gobiernos fuertes contra las Repúblicas débiles; que tiene, valiéndome de la gráfica espresión de mi querido hermano, "que ser, en un día no lejano, el gran Pontífice de la Democracia en América.

Vereis en el Sur: desde la cima de los Andes, descender la falange que San Martín el táctico y organizador admirable, había disciplinado preparándola para alcanzar la victoria mas acabada sobre el ejército español, realizando con ella la independencia de Chile, y condyuvando muy eficazmente á la del río de La Plata y del Perú. Pues allá mismo, vereis que desde las alturas del Chinborazo, el Libertador Simón Bolivar abarca, con su vista de águila, las dilatadas

regiones Andinas; y las mide y recorre como el relámpago, y cae como el rayo á los llanos y manda á la victoria y la victoria le obedece: y hace que sus bravos hagan prodigios de valor y pericia militar; que Páez, el gran llanero, con su lanza gigante, á la cabeza de un reducido cuerpo de tropas de á caballo, pase á nado ríos que son cuasi mares, para sembrar el espanto, y vencer al formidable, bravo y fiero Murillo: vereis á Ricaurte en San Mateo, ántes que rendirse con su pequeña columna al ímpetu é inmensa superioridad numérica de los soldados de España; ántes que dejar tomar á éstos el almacén de guerra que custodiaba con lo que habría sufrido daños incalculables el ejército Libertador, sin presentar, casi, resistencia al ataque de los contrarios, los deja llegar y cuasi poseeionarse de la casa, prende fuego á la pólvora que allí había y, muriéndo él juntamente con los que le iban á tomar como su prisionero, salva su honor y el honor y los intereses de su Patria. Tal rasgo de valor heróico y de sublime abnegacion, pone á Ricaurte en parangón con los varones más ilustres de todas las edades, y, elevandolo á la apoteosis, lo hace tan grande como Jesús. Con tales héroes y tal genio ¿como habrían de seguir Colombia, Venezuela, Bolivia y Perú, soportando el ominoso yugo del despotismo? Su independencia era un hecho que debía efectuarse y se efectuó. I el viejo León Ibero, con su melena recogida y ajada, abandonando las bellas vírgenes selvas americanas, surcó, el Atlántico y fué á dejar oir sus rugidos, allá muy léjos, sobre los carcomidos troncos de Castilla, como amenazando á los Cíclopes del Nuvo Mundo.

Observemos, por último, á Céntro-América, nuestra querida Patria, porque patria nuestra es, pues sería absurdo que el hondureño reconociese tan solamente á Honduras, el Nicaragüense á Nicaragua, el Costarricense á Costa-Rica, el Salvadoreño al Salvador y á Guatemala el Chapín. Sería, no solamente absurdo, si que también ridículo y criminal, afianzar más y más cada día el funesto hecho de la separación cuando, por identidad de intereses, de orígen y aspiraciones, y por que todos somos los componentes de la gran familia Céntro-Américana deberíamos adunar nuestras ideas, nuestros propósitos y esfuerzos, para llevar á efecto la reconstrucción Nacional. Así coronariamos esa obra magna y, cuando bajáramos á dormir en la tumba el sueño eterno, habríamos de llevar la dulce satisfación de dejar a nuestros hijos, ciudadanos de una grande próspera y felíz Nación.

Observemos dije por último, á Centro-América y hallarémos, en sus efemérides, el asiénto de los sucesos que tuvieron lugar; y ninguno encierra la relación de Homéricas batalllas, de combates encarnizados y sangrientos librados, con mucho ni con poco ardor, para obtener el resultado de la Independencia. Ninguno otro hecho de armas se puede citar con tal motivo, si se exceptua el caso en que Filísola, jefe de las tropas del imperio Mejicano, rechazado por los patriotas salvadoreños en su propio suelo, se vió precisado á volverse á Mégico á hacer presente á Iturbide, que en los primeros dias de su insipiente Monarquía, sin haber afianzado aun los cimientos de su trono, era más que imprudencia procurar someter, por la fuerza, al nuevo régimen, los Esta-

dos de la América Central; cuya insinuación fué aceptada por aquel César de nueva estafa, y tenida como el dictado de la prudencia, que tambien sabe aconsejar á todos aquellos que no están fuertes por el derecho, ni pueden disponer de grandes elementos para llevar á cabo sus designos.

El cesarismo, en la América Independiente, se había hecho imposible Está demostrada. esta aserción con 68 años de vida repúblicana y con el trájico fin del imperio de Masximiliano en Querétaro.

La emancipación de Guatemala y las otras Provincías, solo importó el mérito de la desición firme y resuelta de las que proclamaron; algunas persecuciones y encarcelamientos infames algunos fusilamientos atroces y las confiscaciones y confinamientos que, en número considerable, se ejecutaron para contener el torrente de la opinión, que se había desbordado. ¡Inútiles medios por cierto! El terror desalienta en el primer momento, pero hacer cobrar brios y enerjía á los perseguidos, apercibiéndose á conjurar el peligro.

No obstante, los estados del Céntro con Guatemala por metrópoli, se hicieron independientes, soberanos y libres; y se dieron la Constitución más liberal y avanzada que se conoce; porque es, en verdad un monumento político que admirarán las generaciones futuras, y que hará honor al Congreso que con tanto patriotismo y sabiduría la dictó.

Ahora, veamos si la independencia de que nos mostramos tan satisfechos y hasta orgullosos, entraña la verdadera significación política que espresa la frase de su nom-

bre, ó es una sombra, una ilusión que no engaña; ó solamente un cambio de dependecia, en que talvez nada habremos ganado, pues el que se separa de un amo para darse ó aceptar otro, bien poco puede alardear de beneficios obtenidos en el cambio ó trasmutación.

Hay quienes piensan, y me hacen fuerza sus razonamientos, que nuestra decantada independencia no fue, sinó, una mera trasplantación. Lo que dió lugar á alguno á decir, "Ultimo día de despotismo I primero de ..... lo mismo.

Otros opinan que es un hecho real, productor de sus variadas múltiples y beneficiosas consecuencias, por el cual hemos obtenido vida autónoma y los remarcables progresos que nos colocan en el Catálago de los pueblos Civilizados Yo soy de los de esta última opinión y veo en ese acontecimiento grandioso, consumada la obra de redención que se propucieron llevar á cima nuestros nobles Padres: y pienso además que, como todas las cosas humanas, la Independencia há necesitado de ampliarse, pulirse y acimentarse en virtud de las conquistas del moderno derecho; y que á merced de ella tenemos la conciencia libre, el pensamiento libre, la libre enunciación de las ideas por medio de la palabra y de la prensa, y las libertades de industria, asociación.

Talvéz haya quines, en su interior, me refuten á este respecto, porque hé oido á muchos decir: que no se puede hacer uso de la Libertad que nos consagra nuestro Código fundamental para hablar, escribir ni hacer cosa alguna que esté en oposición con los intereses personalisimos del gober-

nánte y sus colaboradores, sin esponerse á duras pruebas, es perimentando sinsabores y padecimientos horribles. Pero yo les diré entonces: ¿quien há hecho la prueba que le haya salido mal? ¿si alguno le há hecho ¿quienes la han repetido obteniendo el mismo resultado? Por que no se sigue tan edificante ejemplo? Solo no es libre el que no quiere serlo. No hay gobierno que lo estorbe cuando la sociedad se compone de hombres enteros y celosos por sus garantías, pero respetuosos y cumplidos respecto de sus deberes.

Excepticos: ¡saludad el gran día de la pátria!

Señores: bendigamos el quince de Setiembre de 1821; y en este día, al trasponerse el Sol en el horizonte Occidental, para ir á dar luz, calor y vida á todos los seres del Hemisferio antípoda: en esa hora crepuscular, que es la del recojimiento del espíritu, con el alma llena de unción, elevemos nuestras preces á la Diosa razon, preparandonos con ellas para ejercitarnos en la práctica de las Virtudes que conducen á la Paz y la concordia, á la Libertad, á la Igualdad y á la fraternidad, que son el símbolo de la cultura y de la perfección humana.

SEÑORES SALUD.

DISCURSO

QUE

DON JUAN BUSTILLO Y RIVERA,

PRONUNCIO

EN LA SALA CONSISTORIAL,

el 15 de setiembre de 1889

EN CONMEMORACION DEL LXVII ANIVERSARIO DE NUESTRA INDEPENDENCIA NACIONAL.

JUTICALPA
(REPUBLICA DE HONDURAS.—AMERICA CENTRAL.)
IMPRENTA DE LA ESPERANZA.

1889.

SER LIBERTADO NO ES LIBRE.
—VICTOR HUGO.—

¡Que instantánea es, Señores, la conjunción de dos recuerdos!—La Patria en la esclavitud, la Patria al abrigo de las sombras, la Patria muerta, cual un inmenso cadáver tendido sobre los hombros de dos gigantescos mares y la Patria gloriosa, libre la Patria de Molina y de Jerez, todo esto separado por una fecha sola, sin que halla un mártir, sin que cueste un sacrificio, sin que una gota de sangre obscurezca la página de su redención!

15 de Setiembre! Buena fecha para la libertad de un pueblo. Centro-América, por la fuerza de los acontecimientos, convertida de improviso en soberana república al resplandor de una revolución que, al morir el siglo de Luis XVI, dejaba para las generaciones venideras el foco de luz inestinguible, chispero de la democracia, en donde las almas se quemaran y en donde los pueblos, por una de esas sublimes congeturas del destino, adivinasen sus magníficos ideales.

Dios determinó: en una hora se congregan todas las aves canoras de los bosques para entonar un himno sagrado; el pueblo se extremece, grita una cosa inesplicable, misteriosa; truenan los aplausos en la asamblea; Valle, cruzado de manos ¡admirador digno de Benthan! magnífico, con toda la magnificencia del géfio, se prepara á redactar una acta; Barrundia no puede ser más hermoso, por su frente se le miran cruzar algo como sombras: eran las ideas triunfantes que pasaban en tropel en ese espejo sublime. Parécese á

Graco en Roma, á Mirabean en Paris, á Castelar en el mundo, á Victor Hugo en el Universo, concibe todo, lo adivina todo, y en los instantes en que toda una nación se entrega con los brazos abiertos á ese cíclope de la palabra, él, enciende su alma generosa en el fuego divino de su génio, luego parece que su espíritu se vá como durmiendo en alas del entusiasmo, se le caen algunas lágrimas, cual mundos de plata desequilibrados en el infinito espacio del corazón humano, y cuando cree que ya no puede sentir más ni recojer más ideas pronuncia una oracion: ¡libertad! ¡Hasta la triste coqueta del espacio, la blanca luna derramaba sus rayos purísimos sobre el horizonte, y las notas de los mares repercutían en las ondas del abismo el canto que él entonó para la Patria. He aquí lo que celebrais, señores.

Lo que no pudo alcanzar Atenas con sus héroes; lo que no logró la ciudad eterna con sus mártires, ni con la lobreguez de sus cárceles, ni con la debilidad de sus reyes; lo que jamás alcanzara Sagunto dándose á las llamas á la manera de vestal que despues de consagrarse al fuego se consumiese en él; lo que no obtuvo ningun pueblo, que yo sepa, en el mar brumoso de la desesperación y del dolor, lo alcanzó Centro-América, victimaria de su hijo más predilecto, Morazán.

Morazán! Nombre augusto, allí está ensangrentado en el patíbulo para nuestra única amargura en este día inmortal; allí está el defensor de las ideas, el triste defensor de la libertad y de la unión, pálido, tranquilo, imperturbable, dominando la historia, bendiciendo su Patria. La es-

pada que hubiera brillado con fulgores divinos en todos los combates seculares, la entrega en manos de la Providencia, y el más terrible espectro para el despotismo y para la miseria, allí se está con la copa de la muerte brindando por la honra y la felicidad de la República. ¡Trájica escena! Sus labios, de grana eran aquellos labios del Dios Júpiter, dicen balbuceantes más de una sentencia terrible para los déspotas, más de un legado precioso para la juventud. No era escéptico como el cantor de las dudas, como ese vanidoso cantor de la vieja Albion que se gozaba de engañar la inocencia y reirse de sus pasiones: tenia las esperanzas de Lamartine, creia en Dios como Chataubriand, abnegado como Washigton, era heroicamente frío como Bonaparte; y el pobre hijo de Honduras moria cual mueren casi todos los héroes legendarios, por el pueblo, por la unidad y por la república. El maderámen tembló: algunos fusiles vomitaron la muerte por sus bocas horribles: formóse una nube sombría: escuchóse un ¡ay! lastimero ¡era Morazán, el ángel del pueblo, espirando en un día de la independencia!! ¡También la Patria murió!

Yo no sé, Señores, por qué son ingratos algunos pueblos; yo no sé por qué unos con otros se insultan, unos con otros se desgarran, y, respirando en la sombra de las pasiones, no piensan más que en el exterminio y la muerte. Son libertadas y no son libres. Sin embargo, en las escenas de sangre no tiene culpa eso que muchos llaman con risa fría de criminal desden, el pueblo, el pueblo que es grande, el pueblo que es la palanca donde se apoyan las revoluciones. El pueblo es la ley, y si el pueblo sentencia, está en lo jus-

to; pero el no fué juez él 42. Quien dictó muerte era la nobleza, el partido reaccionario, junto con otro elemento político que no tiene principios fijos, que tan luego se pone la chaqueta verde como la encarnada, y adulando de oficio á los gobiernos, poco ó casi nada le importa la buena ó mala suerte de las naciones.

Señores, los centros-américanos alcanzaron fácilmente su independencia, más nada hicieron de su libertad.

Y luego vosotros estais celebrando el día memorable de un pueblo muerto. Confieso que me asombra contemplar estas fiestas. El hijo riéndose de la muerte de su madre el mismo día en que su madre respiró luz ¡Que sarcasmo! ¿O es que vosotros reis como Ofelia de vuestros infortunios? Ofelia estaba loca cuando se ponía á cantar el poema de sus amarguras, y más loca aún cuando su boca de coral modulaba obcenas frases; pero vosotros estais cuerdos.

Cuando debiais cerrar las puertas del corazón hasta que, en fuerza de la penitencia y del trabajo, hicierais resucitar la Patria muerta: cuando todo esto debiera estar enlutado y en lugar de himnos entonásemos una elejía: cuando todos silenciosamente nos reuniéramos por hoy, no á formar algazara, sino á rezar una oración, no hacemos más que escribir algunos discursillos que no enseñan nada, discursos hijos de nuestra vanidad y miserias. ¡Si al menos viniésemos traidos por la fuerza de un entusiasmo ciego, á decir algo útil en el camino de los sacrificios; si al menos alentáramos esperanzas al desgraciado, diésemos luz al pueblo, valor á las conciencias honradas que trabajan por la reconstrucción de la antigua patria!

Señores, quiero hablar con la juventud. Sepamos ser libres para ser grandes. No hay que enorgullecerse con la fama de un momento. Las glorias postizas no son duraderas. La gloria adquirida con el talento, con la integridad y el valor, es faro que siempre se le mira inmóvil entre la triste luz de la vida y los mortecinos reflejos de la eternidad. Estemos de acuerdo en que los tiempos cambian: en que el incienso de la adulación puede despedir tanto humo que al fin nos vuelva demacrados y feos: en que lo más tenido por pequeño y despreciable ahora, mañana acaso vamos á humillarnos ante ello; y lo grande de hoy, mañana es cosa insignificante, cuya fama se rompe cual frágil pedazo de vidrio al golpe duro de robusta mano.

Si nos hermanamos en las ideas muy fácil es lograr resultados asombrosos. Acordémonos de que hay una misión preciosa. Para nosotros, unir es amar. Un ángel está diciéndonos al oido la última voluntad de un héroe. Esa voluntad vosotros la sabeis muy bien. Tener por límites á Méjico y á Colombia, al mar Atlántico y al mar Pacífico, en verdad que me halaga. Estar en los Cuchumatanes y decir: estoy en mi Patria; estar en las faldas del Irazú y exclamar: estoy en mi pueblo, tiene no sé qué soberbia grandeza que levanta el espíritu al dilatarse el corazón. Yo tengo una idea acerca de esto. Creo que en las actuales circunstancias no se unifica Centro-América. En todo se ha procedido illógicamente. A-priori debe tratarse la cuestión. Descender de las ideas á los hechos, me parece mejor que ir de los he-

chos á las ideas en el presente caso: de otro modo, inculcar el principio en la inteligencia del pueblo, demostrarle hasta la evidencia ese problema de la democracia que se llama unión nacional; y cuando se observe que él se inflama y se yerga solo con el recuerdo de la Patria muerta, entónces obrad, que no encontrareis resistencia alguna á no ser la débil resistencia de unos pocos vegestorios escapados de la corriente y que se habrán quedado como trozas podridas, en los remansos de la civilización. Pero mientras el pueblo no esté educado, no hay unión posible.

¿La quereis por la fuerza? Este, para mí, es un error craso. Los triunfos de la fuerza sola son efímeros: el triunfo de los principios es absolutamente definitivo; y cuando la fuerza es el resultado de las ideas los triunfos son eternos.

Ayudadme á abrir la historia ¿Qué le vino á Alejandro tan luego como hubo sometido aquel gran imperio asiático, cuyos reyes y cuyos sátrapas eran más iracundos que el océano? Ah! desmontaba del caballo que le salvó la vida en el Gránico y en las orillas del Indo, cuando allá detras del mar Ejeo, oia un rumor extraño: era la guerra civil en Grecia.

¿Que le sucedió á uno de esos mismos reyes de la Persia, al más grande de los Daríos por su valor, apénas acababa de someter al último pueblo? Ah! Satisfecho de sus victorias se volvia á su palacio y durmiéndose el real guerrero despertó sobresaltado: era la guerra civil en Ejipto.

Saltando muchos siglos, ¿qué le sucedió á Bonaparte despues de unir la Europa á sus dominios con la punta de su espada? Ah! Lo que sucede á todos los conquistadores de

esa naturaleza: le vino la guerra de la Restauración; y cosa extraña, venciendo siempre el coloso de las Pirámides, llega desde el Rhin á capitular á Fontaneiblau.

Siendo lógicos en la historia, ?qué sucederá, Señores, al que en las circunstancias actuales, unifique las cinco repúblicas centro-americanas, valiéndose de la boca de un cañón? Ah! Lo mismo que siempre: la guerra civil, la guerra entre hermanos, guerra fratricida y odiosa que no deja sino las sombras del crímen en la conciencia y manchones sombríos de sangre en los fastos de la historia.

Mas si primero se inculcan los principios la victoria es completa. ¿No se obedece á la razón? Pues entonces, las ideas se hacen hombres: hay un Juego de la Pelota: se le quita la cabeza á un Luis XVI, y sobre el cadáver de los tiranos, se redacta el código luminoso de la democracia que debe regir á Centro-América, Patria de nuestros hermanos, Patria de nuestras madres y de nosotros mismos, santo ensueño de nuestra alma, honra de la humanidad, último esfuerzo de tantos mártires que se agitaron en vida por esa noble tarea y cuyas cenizas deberian palpitar de gozo en la soledad de sus sepulcros!

Quiero hablar con el pueblo. Si os dicen que teneis Patria es mentira. La Patria murió el año de 1839. Por un acto de irrisión nos han quedado cinco pedazos miserables del gran pueblo que dominó Gaínza. Por mis principios, por las naturales inclinaciones de mi carácter, soy con vos.

Los que estais al desamparo de las tormentas; los campesinos ó pobres labradores, esos reyes de la naturale-

za como los llama Emilio Castelar; los infelices que vais ciegos, como Milton, llorando sangre enmedio de la desesperación y la miseria: esos también que se sientan á las puertas del ajeno hogar, pidiendo durísima limosna; todos vosotros sois mis amigos. Declaro que ahora y en todas las faces de mi vida, seré con el pueblo, por que yo sé cuanto se le humilla y desprecia.

Señores, hay un porvenir y un Dios que desde la altura de su omnipotencia, domina los destinos de la humanidad. No despreciemos el porvenir para no ofender á Dios La suerte de los pueblos está dicha en el infinito; y la suerte de las cinco repúblicas centro-americanas es la unión en uno solo y robusto pueblo. Aquí trabajo significa sacrificio; pues trabajemos para ser dignos del sufrimiento; trabajemos en esa magna obra que debe traernos una Patria respetada grande y feliz.

No importa que despues de la durísima tarea, ganada la victoria, nos encontremos cansados, pálidos y agonizantes, roto el corazón y herida el alma, que todos estos sacrificios valen mucho en la balanza de la justicia y en los dictados de la historia.

Mas, si nada hacemos, siempre, siempre Señores, vivirán nuestros espíritus esa vida sombría del desheredado, con la muerte en el alma, respirando en la miseria de ilusoria grandeza, arrastrando tristemente la pesada carga de la existencia por entre las risas de unos y las burlas de otros, viendo con la mirada de Camoéns, adoloridos, cada girón de la antigua República en el desprecio de las altas potencias como que si fue-

sen estos santos pedazos del corazón, míseros esclavos, y como que si no pudieran encaramarse sobre todas sus desgracias para formar un solo pueblo, figurando entonces hermosos, fecundos, heroicos y grandes en el gran banquete de las naciones poderosas que se reunen á celebrar los triunfos de la democracia y las enseñanzas de la República.

He dicho.

JUAN BUSTILLO Y RIVERA.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS
EN CONMEMORACIÓN DEL LXXVII ANIVERSARIO
DE LA

Independencia Nacional

el 15 y 28 de Septiembre de 1898

EN NOMBRE
DEL PODER EJECUTIVO Y DEL PODER JUDICIAL
DEL ESTADO DE HONDURAS
Y DE LAS MUNICIPALIDADES DE TEGUCIGALPA Y COMAYAGÜELA

TEGUCIGALPA
Estado de Honduras.—Tipografía Nacional
1898

Discurso

pronunciado por el Dr. don Federico Uclés, en el Salón de Retratos, por encargo del Gobierno, alusivo al LXXVII aniversario de la Independencia Nacional.

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES:

Sombras de Morazán y de Cabañas, de Barrios y Jerez, asistidme al ocupar esta tribuna, por encargo del Gobierno, para hablaros de la libertad y de la patria, en esta fecha de justos y nobles regocijos, en este aniversario glorioso de nuestra Independencia Nacional!

Excúsome de recordaros las causas que precedieron y las circunstancias que acompañaron aquella decisión solemne. Los acontecimientos verificados en el Norte y en el Sur de Hispano-América la habían preparado de antemano. Los pueblos oyeron, entusiasmados, la fascinadora palabra de sus oradores y de sus tribunos, y bajo la inspiración del patriotismo, se proclamaron independientes del dominio español y se suscribió,

al efecto, el acta inmortal que acaba de leerse y que redactó el sabio hondureño don José Cecilio del Valle.

Consumada así la independencia, sin graves sacrificios y sin mayores conmociones, surgió para las antiguas colonias el nuevo poder, que funcionó, indeciso, entre las vacilaciones causadas por la novedad del sistema y las inmoderadas exigencias de los partidos que, desde aquel momento, se han disputado la dirección de los negocios públicos.

Aquellos partidos se colocaron frente á frente: la lucha empeñada fué franca y resuelta: el uno se afanaba tenazmente por volvernos al pasado régimen, y el otro, ostentando la enseña de la reforma, quería lanzarnos por el camino de las instituciones modernas que se acababan de adoptar

Las agitaciones y las turbulencias de esa lucha funesta, hicieron temer hasta por la existencia de la nueva República, que, años después, la vimos zozobrar en su profundo piélago.

Ni luchas patrióticas, ni intereses ofrendados, ni esfuerzos portentosos fueron bastantes para consolidarla de una manera perfecta y duradera: la República, al fundarse, estaba herida de muerte: las preocupaciones de la época le fueron adversas: el fanatismo y la ignorancia se pronunciaron contra ella, y el partido separatista, después de diez años de trabajos proditorios, tuvo la criminal satisfacción de contemplar su caída.

El ruido estrepitoso y lúgubre que produjo esa caída, aun suena tristemente en los oídos de los buenos centroamericanos, que desde entonces

trabajan, sin descanso, por levantarla de nuevo sobre un cimiento indestructible y sólido: la verdadera voluntad popular. La cátedra, la prensa y la tribuna se han encargado de hacer luz en la conciencia nublada de los pueblos, y hoy, más que nunca, en Centro-América, se han puesto al servicio de tan noble causa.

Disuelta la Federación en hora infausta, y muerto en el cadalso su paladín más esforzado, seguimos, como era natural, sin rumbo fijo, sin derrotero conocido, por el camino escarpado de los errores, llevando por norte la satisfacción de nuestros intereses personales, de nuestros apasionamientos políticos y la victoria fugaz de nuestras aspiraciones de partido.

Qué extraña coincidencia! El sol del 15 de septiembre de 1821 se levantó radiante para saludar con sus fulgores la aparición de la República de Centro-América, y ese mismo sol, el año de 42, se hundía lentamente en el ocaso, negando sus irradiaciones á aquella escena sombría, á aquel sangriento drama, de que fué protagonista y mártir su más glorioso y heroico defensor!

Muerto el General Morazán, sus partidarios más notables, sus compañeros de gloria y de infortunio salieron al destierro, agobiados por el peso de aquella desgracia abrumadora, pero con la resolución inquebrantable y firmísima de trabajar sin descanso por la reconstrucción de la patria. ¡Grandes y generosos empeños! La hora de la separación había llegado y era imposible que se reconstituyera, por aquel entonces, el organismo político que acababa de romperse.

Cumplieron como buenos la postrimera voluntad del héroe, pero cayeron todos, proscritos y pobres, serenos y altivos, llevando en la frente el reflejo de su inmortalidad y en el corazón la honda tristeza de no haber podido contemplar una vez más la patria grande, fraccionada lastimosamente, más que por el influjo reaccionario, por los errores políticos, por los desaciertos administrativos y por las divisiones funestas que se producen siempre en el seno del partido liberal, cuando ha escalado triunfante las alturas del poder.

Y es precisamente la lucha de los partidos la que ha hecho imposible para Centro-América los beneficios de su independencia. Durante tres cuartos de siglo se han combatido rudamente, sin una causa que pueda justificar las revoluciones sangrientas en que se han aniquilado, sin perseguir siquiera, en muchas ocasiones, ni la idealidad de los principios políticos, ni la práctica honrada de un sistema concreto de gobierno.

Y son esas revoluciones las que han extinguido, casi por completo, nuestros elementos de prosperidad y de riqueza: ellas han impedido el desarrollo de nuestro comercio, de nuestra agricultura y de nuestra industria: ellas han impedido también la explotación de nuestras inagotables riquezas naturales y esterelizado nuestros constantes afanes de mejoramiento y de progreso: ellas han perturbado lastimosamente el sentimiento de fraternidad y de concordia que debe prevalecer en la familia centro-americana, y en ellas se ha perdido nuestro crédito y quebrantado

profundamente nuestra honra. En guerras tan injustificables é insensatas lo hemos perdido todo, absolutamente todo, y apenas si el sentimiento del amor á la patria no se ha perdido todavía en el proceloso mar de esas borrascas revolucionarias.

Y es ese sentimiento el que nos ha animado, en todo tiempo, para trabajar con esperanza y con fe en la reconstrucción de aquella patria: la diplomacia y la política han agotado sus recursos y, para lograr aquel objeto, de capitalísma importancia, se ha hecho uso también, aunque sin resultado, de la fuerza de las armas.

En los últimos tiempos, el General don Justo Rufino Barrios levantó, con mano vigorosa, la bandera de la Unión y, envuelto en sus gloriosos pliegues, cayó como un héroe en los memorables campos de Chalchuapa. Pero la fuerza por sí sola no puede fundar nada: los triunfos que otorga son siempre transitorios: la fortuna decide del éxito de los combates, pero éstos jamás darán estabilidad á los principios ni seguridad efectiva á los derechos conquistados.

Convencido de esta verdad, que la experiencia ha confirmado, el señor Presidente Bonilla inició y celebró el ya tan conocido Pacto de Amapala, y en cumplimiento de él, en el mes de junio último, se reunió en Managua la Asamblea General que el 27 de agosto decretó la Constitución Política de los Estados Unidos de Centro-América, en cuya virtud se han federado los pueblos de Nicaragua, El Salvador y Honduras. Permitidme, señores, que, como Diputado que fuí á aquella Asamblea, os diga aquí, con íntima satisfacción,

que en el recinto de aquel augusto cuerpo se levantó siempre serena, imponente y majestuosa la voz del patriotismo, y que aquella Constitución, que consagra las aspiraciones supremas de los pueblos, se decretó sobre la base de la igualdad más absoluta y con absoluta prescindencia de los intereses particulares de los Estados federados.

Es éste, en mi concepto, el paso más grande que se ha dado en el camino de la reconstrucción de Centro-América, y la honradez reconocida y la lealtad probada de sus jefes nos aseguran que será fielmente cumplida y observada.

El 1.° de noviembre se reunirá en Amapala el Consejo de Delegados que ejercerá el poder Ejecutivo Provisional de la República, y el 15 de marzo próximo quedará definitivamente constituida. Las brisas del Pacífico serán las primeras en arrullar aquel Gobierno, y los rumores de sus auras anunciarán tan grata nueva á todos los países civilizados de la tierra.

Saludemos desde hoy la aurora de ese día, precursora feliz de aquel en que Guatemala y Costa-Rica vengan á unirse con ella, complementando así la antigua República Federal de Centro-América.

Entonces podremos levantar nuestras frentes sin rubor; entonces podremos ofrecer al mundo el espectáculo de un pueblo que, si ha caído, en mala hora, en el abismo de la disolución, ha sabido también reconquistar la obra grandiosa que recibió de sus mayores y conservarla y trasmitirla á las generaciones venideras, enaltecida y perfeccionada por el poder de las instituciones.

Hagamos votos, los más sinceros, por la prosperidad y por el bien de la República naciente, y digamos, como el señor Presidente Bonilla, que si sobrevienen nuevos obstáculos para su consolidación, sabremos vencerlos, haciendo para ello ofrenda de nuestra sangre y de nuestra vida, si es preciso.

Sombras de Morazán y de Cabañas, de Barrios y Jerez, incorporaos en vuestro lecho de muerte: antes de mucho, por modo misterioso, podréis contemplar vuestra gran obra: las auras y las brisas de la República de Centro-América vendrán á acariciar vuestros sepulcros y el rayo de la libertad dará calor al hielo de vuestras tumbas!

Discurso de don Alberto Uclés

Señores:

Para comprender la Revolución de Independencia, se necesita revolver un poco nuestra Historia. Nuestros tiempos arrancan de los tiempos de los Reyes Católicos, cuando España arrojó al último moro de la Alhambra, y completó su nacionalidad; cuando completó el planeta con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Fué la primera nación de Europa la que nos impuso sus leyes y costumbres, la que llevó á cabo la conquista de América. La iconología representa á esta parte del mundo como una joven bronceada, armada de arco y flechas y coronada de plumas.

En el plan general de la Providencia, la conquista española, que se ha comparado con una noche de la conciencia humana, fué un bien para la civilización y para la humanidad, á pesar de sus males. La Metrópoli dió á las colonias cuanto ella tenía. En cambio de nuestro oculto tesoro, nos dió su limpia sangre, su fe fija, su lengua

Con la Federación vinieron las guerras civiles, comparables á las guerras de las Dos Rosas. Vinieron los liberales, que exageraron el fin de la libertad, y los conservadores, que estrecharon el principio de autoridad. No comprendieron, no, que así como todas las estaciones forman el año, y todas las edades la vida, todos los ciudadanos forman el Estado. La Federación cayó al empuje de la reacción, y sobre sus ruinas se alzó el caudillaje deforme. Entonces vinieron los filibusteros, especie de bárbaros del Norte; y poco faltó para que arriaran en nuestra tierra la bandera azul y blanca, comparable sólo con nuestro cielo.

La hora de Centro-América ha sonado. A orillas del mar de la Unión, en Amapala, van á unirse los Tres Estados. Loor á los patriotas que lleven á cabo la obra de la reconstrucción de la Patria. ¿Cómo no han de comprender Honduras, El Salvador y Nicaragua, que los países pequeños son débiles y están dejados de la mano de la Providencia? ¿Cómo no han de comprender Costa-Rica y Guatemala que la Unión hace la fuerza? ¿Que el pequeño ducado de Saboya es hoy el Reino de Italia, y que la menguadísima marca de Brandeburgo es hoy el Imperio de Alemania? ¿Que la pentarquía de Centro América apenas sería una pequeña potencia para Méjico y Colombia?

Pues así como la Unión de Centro-América la reclaman á una nuestra vecindad y conveniencia, la Unión de la América española, de la América ibérica, la reclama también, de toda y cada una, la

necesidad de mantener nuestra Independencia. Los Gobiernos no debían olvidar el ejemplo de Tejas, Nuevo Méjico y California. ¿Dónde está ahora la Grande Antilla? ¿Dónde está la Pequeña Antilla? Así como el siglo XVIII fué el siglo de la filosofía, y el siglo XX será el siglo de la libertad, este ilustre siglo XIX es el siglo de las grandes nacionalidades. Así, sobre las columnas de Hércules se ha posado el águila americana: sobre el "más allá" se ha puesto el "más arriba:" *Plus Ultra: Excelsior*.

Pues cuando se trata de constituir las nacionalidades se necesita consultar la constitución de las razas. Esta nobilísima raza latina está frente á frente de esa poderosísima raza sajona, lo mismo en Europa que en América. Por eso fué inevitable el choque de los Estados Unidos y España: de España que luchó con la espada que ganó en Pavía; pero que todo lo perdió, menos el honor. Gracias que de su vasto Imperio colonial le quede el archipiélago de Filipinas, en un rincón del Asia. La iconología representa á España como una matrona coronada de laureles, con una lanza en la mano y un león á sus pies. Pero el león está herido.

Nos importa poco la casa de Austria y de Borbón, católica, apostólica; pero nos importa mucho la nación de cuya nacionalidad vive nuestra nación. España dejó en la América española una constelación de Estados, que tiene su genio creador y su verbo increado. Sus grandes capitanes le enseñan á defender y engrandecer la Patria: sus legiones de poetas le enseñan la eterna

verdad, y sus legiones de artistas la eterna hermosura. Así, el sol inmortal que se ha puesto en los dominios de España, no se pondrá en su Historia. A Castilla y Aragón, Nuevo Mundo dió Colón.

Discurso

leído por Inés Navarro, á nombre de la Corporación Municipal de Comayagüela, en el Salón de Actos de la misma, para conmemorar el LXXVII aniversario de la Independencia.

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES:

Vengo en nombre de la Municipalidad de Comayagüela á solemnizar por medio de la palabra la fecha más grande de nuestra historia.

Vengo ante ese recuerdo inmortal á cantar con el entusiasmo del patriota y la voz del ciudadano: millares de discursos se han pronunciado en este aniversario sin que desfallezca el ánimo para gloriar por siempre el acontecimiento más alto de los fastos de Centro-América.

No se cansará nunca el civismo de los americanos del centro para conmemorarle, como no se cansa el ojo humano de admirar la luz y la grandeza del sol.

La epopeya de la vida social de América tiene sus cúspides en las montañas del Anahuac y en la mente sublime de un hombre que honró á la humanidad. Fué Italia el nido del águila caudal que entrevió allá en las lejanías del horizonte, donde se roza el cielo con el océano, las tierras vírgenes del nuevo mundo que parecían el Edén bíblico desgajado del viejo continente y escondido á las miradas humanas en las remotidades del mar.

Los altos decretos del Eterno, como diría un discípulo de Bossuet, habían dispuesto que España fuera por centenares de años la gran señora de América y que el espíritu caballeresco de los hidalgos del siglo XV tuviera su inmenso teatro en cien naciones de guerreros americanos que debían sucumbir al yugo de la conquista española.

Isabel la Católica proporcionó tres ligeras barcas al marino genovés, y enderezada la proa en las extremidades orientales del Atlántico y puestas de acuerdo Naturaleza, Ciencia, Poder y Talento, como sucede siempre que se oye el rumor de un suceso inmenso, sopló el viento sobre las naves é inflamadas las velas, la Providencia, el Genio y la España arrojaron á Colón en las costas de un Nuevo Mundo.

Este descubrimiento, como ha dicho Washington Irving, causó tanto asombro cual el que causaría hoy el anuncio verídico de un viaje efectuado á uno de los astros del sistema solar.

Hubo un momento en que Colón mantuvo inciertos los destinos del Nuevo Mundo; pero variando un poco el rumbo que traía, dejó las

tierras del Norte á la actividad mercantil de los ingleses; desgracia para nosotros, dicen algunos, porque hubiéramos sido educados por ellos y no estuviéramos tan atrasados como hoy, sin reflexionar que no hay raza más egoísta que la raza sajona, y que si es verdad que nuestro suelo estuviera surcado por una tramazón espesa de ferrocarriles y nuestros hermosos puertos ocupados por millares de naves; eso no lo iban á gozar ni los indios, ni nosotros los ladinos, ni los negros, ni los pálidos, sino simple y exclusivamente ellos, los de raza pura, los verdaderos y rubios ingleses.

Si no lo creéis así, mirad los Estados Unidos de Norte América que no son otra cosa que Europa en el Nuevo Mundo; habiendo desaparecido casi por completo los descendientes de las mil tribus aborígenes que vieron asombradas llegar á sus costas á los navegantes de la "Flor de Mayo," la barca misteriosa que venía á injertar en América la civilización europea.

Lejos de mí negar el vigor de esa raza pujante que hoy pesa más que la raza latina en el equilibrio del mundo.

Los sajones son los gigantes que convierten en obras tangibles y abrumadoras los últimos adelantos de la ciencia. Si nos hundiéramos en un cataclismo, los vestigios de sus empresas colosales iban á hacer creer á otros hombres que vinieran á repoblar la tierra, que ellas habían sido ejecutadas por una generación de cíclopes. Pero tratándose de convertir los pueblos bárbaros á la civilización, la Historia ha dado siempre la primacía á los españoles. Sólo los romanos tu-

vieron en más alto grado que ellos el genio de la asimilación de los pueblos conquistados.

Los primeros pasos deberán siempre darlos las tribus salvajes llevadas de la mano por el catolicismo que es la religión de la disciplina dogmática y de los principios severos, uniformes y sencillos. La religiôn ha sido siempre el eje sobre que ha girado la cultura peculiar de cada raza.

La sociedad de hoy nunca podría tener por centro el mahometismo ni los musulmanes discus tir con la expansión y flexibilidad del protestantismo.

Los pueblos bárbaros no pueden con buen èxito entrar en la nueva vida con la religión del libre examen y del libre pensamiento; sino con el catolicismo que condena la reflexión y tiene por base la autoridad, el dogma y la severa disciplina: hubo un tiempo en que el clero fué necesario, fué indispensable en la vida social de las naciones.

La América era un campo inmenso para la ambición de la gloria y la codicia del oro. Por la estela de las naves de Colón se arrojaron en tumulto millares de aventureros españoles á sacrificar impíamente los pobres americanos sin más ley que la fuerza, sin más título que la espada. Pero tras ellos también caminaron, como los dioses tutelares de los indios, los frailes de las órdenes religiosas con el Evangelio en la mente y en el corazón y con el crucifijo en las manos.

Sobrevino la lucha entre la cruz y la espada: el acento sagrado de los misioneros resonó en la Corte de los Reyes Católicos: la Real conciencia se preocupó por la suerte de los infelices americanos. De las cenizas de sus ciudades incendiadas, de la sangre de sus caciques degollados, del vacío de sus propiedades saqueadas y del pecho de su raza esclavizada se levantó un grito de dolor y de santa ira que repercutió en el corazón de Fray Bartolomé de las Casas, nacido para llorar las desgracias de los indios y para humedecer sus llagas con el bálsamo de la caridad evangélica.

Después de muchos viajes á España, triunfando siempre en borrascosas discusiones, moviéndose de Chiapas á Méjico, de Méjico á Guatemala, de Guatemala á Gracias, de Gracias al Cusco, del Cusco á Santo Domingo, parecía el genio benéfico de los indios que arrancaba á los aventureros de sus sangrientas manos las presas que devoraban.

Al fin logró que se expidieran leyes protectoras en favor de los naturales: cuando los españoles establecidos en estos países las conocieron el odio contra él no tuvo límites: millares de puñales se alzaron contra el campeón de los americanos. Pero la voluntad de aquel santo varón no era para cejar: remó y remó, y remó hasta que las leyes se pusieron en práctica y los indios vivieron en paz.

Pocos años después de la muerte de las Casas ya volvía el mal Hado de los indios á causarles nuevas desgracias: se olvidaban las reformas implantadas y los repartimientos, las encomiendas y los mandamientos recobraban su vigor.

Pero entonces no sólo sufrían los vencidos: la venganza de la humanidad ultrajada cernía sus dardos sobre los descendientes de los conquista-

dores: los filibusteros holandeses, franceses é ingleses asaltaban todos los puertos de la Capitanía General de Guatemala, robaban las iglesias, quemaban las imágenes de los patrones titulares de los pueblos, mataban los ganados y se llevaban las madres, las hermanas y las hijas de los españoles para gozarlas en los bosques y en la proa de sus naves de corso.

Las autoridades no podían reprimir aquellos actos vandálicos: en ocasiones pudo decirse que las colonias estaban desamparadas de la madre patria. Los tiempos de la dominación española fueron oscurísimos y misérrimos: en lo económico todas las trabas imaginables, el egoísmo en favor de los peninsulares y la prohibición absoluta de comerciar con las naciones extranjeras: en lo político la servidumbre y la intolerancia: en lo administrativo un sistema dispendioso y dilatado para todos los asuntos y más de diez clases de impuestos sobre la importación y la exportación que acababan por devorar la materia mercantil y por elevar á un precio fabuloso los objetos de la vida ordinaria.

Pero si este sistema gravitaba sobre todas las colonias, ninguna fué tratada peor que Centro-América. Baste decir que Honduras, famosa ya por sus viñas y olivares, tuvo que arrancarlos en virtud de órdenes reales: prohibido el comercio con el Perú hubo año que no se consumiera vino en los templos por no haberlo en todo el país; hasta los curas se abstuvieron de él por esa razón: y en los tribunales llegó el caso de litigar en papel común por no haberlo del sello real.

Mientras tanto el fanatismo ganaba conciencias ignorantes y los obispos publicaban pastorales para que se pagaran los diezmos, conminando con las penas del infierno del Dante á los que se negaran á darlos: la Corte pedía dinero á sus colonias y los altos empleados explotaban inicuamente los pueblos.

El reinado de Carlos III brilló por fin á fines del siglo XVIII: las nuevas ideas venían ganando terreno y llegaban sostenidas por ministros hábiles y eminentes al trono mismo de los Reyes absolutos. Decretó la libertad del comercio, suavizó el servicio personal de los indios, fomentó el estudio de las ciencias en América, rompió las trabas del comercio é infundió un soplo de aliento en el espíritu aletargado de las colonias del Nuevo Mundo.

Pero una ráfaga de luz no puede disipar la noche de todo un continente: un solo reinado no puede regenerar un núcleo de pueblos.

En Europa movían la pluma muchos pensadores, iluminando la conciencia de las naciones: aquellas teorías de reforma y de república que principiaron á delinearse como ensueños por no alarmar á los déspotas, concluyeron por incendiar el universo. Así es la libertad: nace como céfiro para convertirse en un momento, de repente en huracán desolador que barre los tronos y despedaza las tiranías.

En el fondo de la sociedad francesa rugía la tormenta: el combustible acumulado por siglos iba á incendiar la vieja monarquía de los reyes Capetos. Los Estados generales de 1789 respe-

taban el trono y ansiaban más que todo reformas económicas: declarados Asamblea Constituyente, quisieron la monarquía constitucional: la Convención, que era la tercera escala ascendente en el desbordamiento del pueblo, ultimó al Monarca y proclamó la República: luego la República se convirtió en demagogía y ésta en anarquía y la anarquía en locura, en delirio, en frenesí, en desesperación, en rabia, en degüello, en matanza, en un mar de sangre.

Pero de ese cataclismo surgió, como una transformación misteriosa, el Evangelio de Jesucristo convertido en un Código de leyes.

Los monarcas europeos pretendieron borrar á Francia del mapa de las naciones. El peligro enfureció á los franceses, la espada salió á brillar como relámpago en el concierto de la tormenta: la victoria coronó de gloria á los primeros Generales republicanos: los militares sustituyeron á los hombres civiles y convertidas las fronteras de Francia en un gigantesco campamento, en cuyo centro ardía el ara de la libertad adorada por veintiséis millones de hombres, se presentó en el escenario de aquel teatro inmenso el Capitán más grande de los siglos adornado con todas las insignias de la victoria, condecorado con los timbres de cien batallas y llevando en la frente el sello de un vasto genio que deslumbraba el universo.

Las águilas triunfantes de Napoleón Bonaparte no cabían en la tierra: Petersburgo, Viena, Berlín, Roma, y París, los ejes de la civilización, los ejes de la humanidad en movimiento, eran ya

nada para aquel coloso que parecía haber robado al cielo el fuego de la sabiduría infinita: los Generales más viejos y más célebres de Europa eran juguetes de cartón en presencia de aquel dios Marte que había hecho de la fábula una realidad viviente en pleno siglo XIX.

Ganar batallas era nada para aquel hombre de carne y hueso como nosotros: predecía, vaticinaba con exactitud matemática el día y la hora de los combates: gozaba de la presencia divina: era, como dijo otro genio, lo absoluto sacrificado á lo relativo: parecía Dios hecho hombre.

Yo creo que el nacimiento de Napoleón es el parto más doloroso que ha tenido la naturaleza: no sé cómo sus fuerzas pudieron engendrar ese titán: su cabeza gigantesca va á sobresalir en los siglos porque ninguna generación podrá traspasar los límites á do llegó su inteligencia.

La espada era impotente para vencerle: la fortuna estaba doblegada á él: tenía bajo sus plantas todos los poderes de la tierra.

Sólo una fuerza divina podía domarlo: Dios suscitó contra él á la libertad, reina y madre de los libres.

Ella apareció en España, seguida de un pueblo indomable, capitaneado por cien héroes de la talla de Castaños y Velarde. La nación gemía bajo las plantas de medio millón de soldados victoriosos: todo se conjuró contra ellos. El poder de Napoleón se hizo imposible allí y las águilas imperiales abrumadas por el clamor patriótico y sangriento de los heroicos españoles, dieron la vuelta á Francia, rozando con sus alas las crestas

habían envuelto en sus redes muchas víctimas: el Fiscal Carrascosa, el Capitán General Bustamante y Guerra y el mismo Obispo García Jerez habían castigado con dureza los conatos de independencia. Las ideas revolucionarias se propagaban con rapidez y ni el cadalso, ni la expatriación, ni el presidio, ni la cadena podían contrarrestar su soberano impulso. Los tiranos, los opresores ignoran por qué puerta entran las ideas redentoras y no aciertan á saber por qué medios se propagan: la naturaleza los ha hecho miopes para que se salven los apóstoles y cumplan su elevada misión en el pueblo y en la sociedad.

Miles de veces se han referido los acontecimientos del 15 de septiembre de 1821; pero estoy seguro no repugnaréis el que se repita, siquiera sea á grandes rasgos, la relación tantas veces pregonada de aquellos sucesos que aparecen en la historia nacional revestidos de formas épicas; porque el día en que nació la patria es la clave de lo que somos y como el germen creador que da vida á los seres, es el punto de que venimos.

Al Gobierno duro y cruel de Bustamante y Guerra sucedió el gobierno débil y vacilante del señor Urrutia. Era Subteniente General del ejército don Gabino Gainza, hombre impresionable, mediano y lleno de vacilación y debilidad cuando se trataba de dar un gran paso. Se insinuó á Urrutia para que depositara en él el mando supremo que por achaques y contratiempos no podía el primero sobrellevar en una situación tan borrascosa.

Gainza en el poder confirmó el concepto que de él tenían los independientes. Hasta entre éstos había división sobre qué corriente debía darse á las cosas para realizar el vasto plan que los tenía empeñados. Se convino en que don Cayetano Bedoya fuera de comisionado ante el General mexicano Bravo para obrar en combinación con él. Pero los sucesos se agolpaban con rapidez: desde Chiapas hasta el confín del virreinato de México las provincias habían jurado el plan de Iguala, formulado por Iturbide y sostenido por su espada de Capitán temerario, audaz y valeroso.

Las actas de aquel pronunciamiento llegaron á Guatemala y cayeron en la ciudad metropolitana como una bomba de incendio. La diputación provincial excitó á Gainza para una conferencia pública de todos los poderes y corporaciones de la ciudad: Gainza accedió.

Molina, Barrundia, Aycinena y los demás cabecillas independientes esparcieron sus agentes por los barrios de la ciudad la noche de la víspera. A las ocho de la mañana la muchedumbre acaudillada por aquellos próceres había invadido y ocupado el portal, patio, corredores y antesalas del palacio, como si en nombre del pueblo centroamericano fuera el pueblo de Guatemala á recibir de los opresores el poder que trescientos años antes arrancaran con violencia á los legítimos soberanos de los indios.

Poco después llegó el arzobispo, los prelados de las órdenes religiosas, los enviados de las corporaciones, los jefes civiles y militares, la diputación provincial, el ayuntamiento y el Capitán

ciones pacíficas cruzan con mesura y prudencia las grades líneas del tiempo: si el pueblo centroamericano hubiera tomado las armas para echar de este suelo la dominación española, la colonia y sus columnas hubieran caído á balazos sin consideraciones de ningún género, ultimadas por la cólera popular. Y si los padres de la independencia procedieron con tanta moderación en aquella trascendental manifestación del patriotismo, fué porque las cosas siguieron su desarrollo espontáneo. Y si el pueblo acató el mandato y se mantuvo en orden, fué por idéntica razón. Si otro rumbo hubiera tomado la política, ya veríais cómo el grito de guerra y el estruendo del combate hubieran resonado en nuestras montañas; y como la sombra de Lempira, encarnada en otro héroe hondureño, hubiera escrito con la punta de la espada en el libro de la historia la proclamación de la independencia.

Los que votaron por el aplazamiento desempeñaban el papel desgraciado de los simples espectadores de las grandes revoluciones; y, como ha sucedido siempre á todos los que observan un retraimiento punible, fueron arrastrados por la corriente en su marcha incontrastable.

Los opresores, en sus pretextos maléficos, han llegado hasta negar á los pueblos jóvenes la capacidad para ser libres, diciendo que es necesaria una educación dilatada para que puedan vivir como naciones. Con esa teoría pueden perpetuar su poder en los siglos, porque así nunca los pueblos llegarán á ser capaces de gobernarse por sí mismos. Es cierto que los centroamerica-

BIBLIOTECA NACIONAL DE HONDURAS
PROCESOS TECNICOS
Tegucigalpa, D.C., Honduras, C.A.

nos hemos sido desgraciados en los 77 años de vida independiente que llevamos; pero si aun estuviéramos bajo la dominación española, ya veríais qué guerra hubiéramos tenido de sostener para ser libres; porque España, señores, es buena para educar tribus salvajes, pero no para gobernar colonias civilizadas, porque no tiene como Francia ese genio y cultura que ha hecho del reino de Argel una provincia francesa en corazón, en sangre y en intereses. No es tan magnánima como para dar libertad á los pueblos que la piden: una intervención semejante á la de Cuba hubiéramos tenido que aceptar para salvarnos del poder español. Las islas Filipinas deben continuar bajo su tutela porque los negros tágalos todavía son bárbaros; pero Cuba, que ha dado hombres como Heredia y Martí, ya no puede ser española. Es cierto que España está aniquilada, que está decadente, pero antes de hoy había observado con los Países Bajos igual conducta que ahora abserva con Cuba. Es difícil creer en esa teoría que sostiene que los pueblos son como los individuos: que pasan como éstos por la niñez, por la virilidad, por la vejez y la decrepitud. Los pueblos no caen ni degeneran porque sean viejos: caen por corrompidos ó entre las cadenas que soportan con vileza. Los pueblos que rinden culto á la libertad viven siempre jóvenes. Aquella teoría es fatalista: el fatalismo es para los musulmanes: no cabe en la democracia y en la república. Las generaciones no se debilitan por el hecho de sucederse unas á otras: los errores y los vicios amontonados son quienes las apo-

desde siglos atrás el refugio del pensamiento libre.

Pero el edificio de la federación sólo duró diez años después del triunfo de Morazán: los conservadores lo taladraron y el ruido de su derrumbamiento sonó á los oídos de los unionistas como el postrer latido de la patria moribunda La niebla del conservatismo descendió á posarse sobre aquel campo de ruinas que parecía el sepulcro de todas nuestras esperanzas de grandeza y de todos nuestros ensueños de gloria. El período grande de nuestra historia concluyó entonces: aquellos varones fuertes, hombres civiles y militares, fueron cayendo abatidos en el abismo que se tragó á la vieja patria.

Morazán no se doblegó al peso de tantos infortunios hasta que el averno evocó contra él los furores de un pueblo: el cadalso de aquel gran centro-americano fué el último resplandor del patriotismo legendario de nuestros mayores y el primer gran sacrificio en aras de la unión nacional que algún día se levantará en brazos del pueblo centro-americano, como una reivindicación de nuestra antigua herencia y como una eterna condenación de todas nuestras malhadadas guerras civiles.

De entonces para acá todo fué empequeñeciéndose: los partidos ya no tuvieron lógica y apenas fueron miserables bandos: los hombres ya no tuvieron color político determinado y apenas fueron jefes de partida y centros miserables de miserables círculos políticos. Nuestra atmósfera envenenada todo lo contagiaba y empequeñecía:

la confiscación, el incendio, el asesinato, el tormento y el latrocinio habían tomado formas humanas en muchos tiranos y malvados que avergüenzan nuestro pasado.

Pero la sangre de Morazán ahogaba á sus victimarios: de vez en cuando se levantaban en aquel gran sepulcro los discípulos del mártir ondeando la enseña federal y jurando morir al pie de la bandera que había cobijado con su sombra la mejor generación de la América-Central. Jerez, Gerardo y Rufino Barrios, Cabañas y Vasconcelos, Barrundia, Molina y todos los unionistas convencidos brillan en ese teatro; pero el fusil separatista que había ultimado al General Morazán en Costa-Rica, pasó de mano en mano para detonar sangrientamente el 29 de agosto del 65 en San Salvador y el 2 de abril del 85 en los funestos campos de Chalchuapa.

El sentido popular trastornado ha llegado á creer que el propósito de reconstrucción nacional es mensajero de guerra: mucho hemos degenerado los centroamericanos, señores, creyendo que la idea más grande que acaricia nuestra sociedad debe estar acompañada del fantasma más negro y sombrío que aflige á los pueblos. La idea de la federación no debe, no puede estar reñida con ningún interés, por modesto y escondido que esté, de ninguno de los centro-americanos: sólo dos monstruos perecerán porque no caben en la unión nacional: la ambición de poder y la guerra civil.

También hoy estamos á la orilla de grandes y plausibles acontecimientos. El partido liberal de Honduras que ha jurado como asunto esencial de

su programa el trabajar en aquel sentido, viene por el órgano del Gobierno que él trajo al poder, acariciando aquella idea desde el año de 94. Lo que no lograron ni Barrios ni Jerez lo ha realizado la perseverancia y la fe del Doctor Bonilla, ayudado de la consecuencia política de los Presidentes del Salvador y Nicaragua, reuniendo en Managua una Asamblea Constituyente que ha sido la colectividad más alta que hemos visto desde el año de 52 al año de 98.

La Constitución Federal recién emitida es el resultado de todas las dolorosas lecciones del pasado, de todos los conocimientos políticos y de todas las circunstancias que rodean á los pueblos que van á unirse por aquel vínculo. La nave lleva próspero viento: sólo la ambición podrá volcarla. Pero contra ella está la protesta del Doctor Bonilla que prometió ofrendar su sangre y su vida en aras de la magna idea: y vosotros los luchadores de la revolución de Honduras ya sabiés lo que valen tales protestas en labios del que no ha tenido miedo para enfrentarse á las balas y se ha mostrado sereno en los grandes peligros. Es motivo de orgullo para nosotros los liberales que el Gobierno levantado por nuestros brazos sea el centro del movimiento federal; y será mañana motivo de orgullo nacional el que Honduras sea el alma de esa gran empresa. No es mi propósito ofender á nadie con ese rasgo inmoderado de amor patrio: también la historia hará justicia al Salvador y á Nicaragua por sus nobles esfuerzos. Lo que yo digo en manera alguna se opone á que hoy mismo, en otro salón municipal,

cualquier patriota salvadoreño cante por allá sus legítimas glorias.

Pero, señores, arde el fuego bajo la ceniza: la Historia centro-americana ha dicho que entre nuestras agrestes y pobres montañas brillaron en otro tiempo los hijos del genio y del heroísmo. Por qué este pueblo esforzado que el 92 y el 93 se batió en campaña, no puede volar de nuevo al combate, si por una remota desgracia llega el momento de luchar por la unión nacional? Y por qué no puede ser hondureño el espíritu que aliente á los unionistas? Hemos llegado á una época en que por espíritu de discordancia política ya no se reconocen las virtudes del contrario ó del rival: depongamos nuestras pequeñeces: cuando se trate de unión despojémonos del uniforme liberal para adornarnos con el manto del federalismo: confundámonos en un efusivo abrazo todos los hondureños porque todos somos unionistas.

Conozcamos nuestro bien. Honduras con la paz garantizada por un poder superior; con anchos caminos carreteros y cruzada de ferrocarriles; con un sistema de cultivo arreglado á procedimientos científicos; con una inmigración laboriosa y honrada; con capitales europeos y americanos en su seno; con un sistema de enseñanza positiva y práctica; con los bosques y selvas del Norte, donde parece que la naturaleza acaba de salir de las manos del Creador, utilizados; con sus ríos canalizados y sembrados de barcas; con sus centros minerales explotados en grande escala; con una población instruida y práctica, puede ser más rica que California, más

floreciente que el Uruguay, porque posee, como dijo Valle, climas de todas las zonas y tierras adoptables á todos los cultivos.

Besada por dos océanos, en una posición geográfica y comercial de primer orden, puede llegar á ser lo que Alejandría en la antigüedad, lo que Constantinopla en los tiempos medios, lo que Londres y Liverpool en la edad presente: un santuario de todas las razas civilizadas, un centro de todas las riquezas, el emporio del comercio del mundo, el puente en fin, de la civilización y del porvenir.

Ya entonces se podrá decir que el 15 de septiembre de 1821 fué la cuna de un pueblo que va á desempeñar tan gran papel en la cultura moderna y en la armonía de la paz universal, que es la aspiración de los sabios y el anhelo siempre perseguido de la humanidad desgraciada.—DIJE.

Discurso

pronunciado por don Froilán Turcios, en nombre del Supremo Poder Ejecutivo, el día 29 de septiembre de 1898 en el salón municipal de Tegucigalpa.

SEÑORES:

Hablo en nombre del Poder Ejecutivo.

Con sencillas frases vengo á saludar, à través de los años, la primera alborada de libertad que iluminó á Centro-América. Vengo á formar con mi prosa un himno en honor de nuestra fecha legendaria, inolvidable para esta juventud pensadora que lleva fuego en las venas y en el cerebro la luz de generosos ideales.

Antes del 21 vivíamos como seres inconscientes atados al coloniaje: llevábamos una existencia sin gloria, estéril para la civilización, inútil para el porvenir; hasta que aparecieron, como héroes civiles en una lucha de principios, los ilustres varones que, al esfuerzo portentoso de su inteligencia y de su patriotismo, hicieron surgir en el

horizonte centroamericano el primer sol de libertad, como un hermoso faro que evitaría al bajel de la naciente patria hundirse en el mar sombrío del atraso y de la esclavitud.

Guardemos en nuestras almas un santo recuerdo en homenaje á los nobles patriotas de nuestra independencia: en honor de aquellos hermosos varones que hicieron florecer su amor á la patria, como los patriarcas bíblicos el amor á su Dios circundado de aureolas. Bendigamos la obra de aquellos generosos luchadores y recordemos sus nombres con veneración respetuosa: que ellos formaron la sólida base de nuestros derechos, dándonos un ejemplo práctico de lo que valen la virtud y la constancia cuando se ponen al servicio de las grandes causas de la humanidad.

Siempre que traigo á la memoria la fecha que dió principio á nuestra vida política, surge en mi fantasía, con las vagas tintas de una acuarela patriótica, la escena de la lectura del Acta de Independencia. Veo los semblantes graves de los primeros padres de la patria iluminados por una sonrisa de triunfo: veo al Brigadier Gainza, sereno y grande, enamorado, como su compatriota Pí y Margal, de la libertad antes que de España; y entre todos los Diputados á nuestro primer inolvidable Congreso, la venerable figura del sabio Valle, que lee, con temblorosa voz, el maravilloso documento histórico que nos dió carácter de pueblos libres ante las naciones del mundo civilizado.

No seré yo quien lance á la faz de España los insultos con que acostumbran apostrofarla los

que no recuerdan que, á pesar de todos sus extravíos criminales, fué nuestra madre, madre convertida en madrastra, por nuestro mal. No creo tampoco, como el gran Quintana, que los crímenes de su patria fueron obra de la época, porque apenas hace unos pocos años, en pleno siglo XIX, han vuelto á repetirse en Cuba.

Yo no maldigo á la Nación que nos dió su lengua de oro, sus costumbres caballerescas y la hermosa religión de sus mayores: al pueblo que hizo reflejar en nosotros sus tradiciones heroicas, sus leyendas épicas y la gloria de su bandera, vencedora del mundo en tiempos por desgracia muy lejanos. No seré yo, apasionado por todo lo grande, que hablo en castellano, creo en Jesucristo y sigo las costumbres españolas; yo, que admiro en España el gran monumento histórico de sus hechos, que aplaudo sus grandes poetas y me deleito con la prosa exquisita de sus ingenios clásicos. Ingrato es aquel que maldice á su madre porque no fué dulce y afectuosa y llena de solicitud en favor suyo. Si fué cruel, puede protestar de sus crueldades, pero jamás podrá maldecirla.

Protesto de la salvaje barbarie con que los conquistadores trataron á nuestros pobres indios: fueron tigres feroces cayendo de improviso sobre un rebaño de corderos.

Nuestros antepasados de pelo erizo y piel de cobre, eran mansos de corazón, pobres de espíritu. Poseían el instinto de la bondad, la conciencia de la hermosura y la vaga noción del valor. Eran las imágenes exactas de la manse-

dumbre hecha carne y hueso en las formas de nuestro tipo primitivo. Y sin embargo, los españoles hicieron de ellos salvajes sanguinarios, á fuerza de humillaciones inspiradas por su negra avaricia, por su loca sed de oro, bello metal que se teñía de púrpura tibia, de sangre inocente, en las garras de aquellos hombres que no conocían la misericordia. A semejanza de Moctezuma, el triste emperador mexicano, y de Atahualpa, el inca infeliz, nuestros caciques perecieron víctimas de la codicia rabiosa de los conquistadores; abismo negro, codicia más honda que el tonel de las Danaides.

Figuráos una caravana del desierto de Sahara, que ha atravesado bajo un sol de fuego inmensos arenales ardientes, que hace días no mira florecer las palmas, ni verdear el oasis cubierto de fresco follaje, ni correr por la campiña el agua como un luminoso y líquido cristal: una caravana que tiene hambre y sed y que sólo ve en las lejanas lontananzas nubes rojizas, mares de arena, y siente á su alrededor la atmósfera abrasada, despidiendo llamas....figuráosla llegando de pronto á una deliciosa tierra, rica de perfumes, rica de oro puro, más bella que el paraíso terrenal; á una tierra virgen habitada por seres felices en su misma obscura ignorancia.

Cual una bandada de cuervos caería la caravana sobre la tierra ubérrima, y todo en ella quedaría manchado de sangre y sus nuevos poseedores, devorados por hambre insaciable, sedientos de crueldad, asolarían sus campos y sus valles, y recordando sus propios y antiguos padecimientos, impondrían su dominación sobre montones de cadáveres. Tal cosa sucedió en Centro-América en el siglo de la conquista. Y fué terrible la caravana de los españoles.

Mas pasaron los tres siglos de opresión y Centro-América libre ha marchado muy lentamente por el camino del progreso. Dejamos de ser colonos para convertirnos en ciudadados, y sin embargo hemos adelantado muy poco. Desde que la antigua nacionalidad se dividió en cinco jirones de territorio, ha flotado una especie de sombra sobre la Patria, se ha llenado de brumas el horizonte, ha caído la noche sobre el porvenir. Fué muy rápida su alborada de gloria, apenas fué un resplandor de crepùsculo nuestro primer día nacional. Continuamos aherrojados en la cárcel de nuestro retroceso debido á las continuas guerras civiles, á nuestras revoluciones, á nuestras frecuentes evoluciones políticas. La historia de nuestra vida independiente, con ser tan corta, está llena de trágicos episodios, de sucesos extraños, de discordias entre pueblos hermanos; se ve á cada instante el violento estallar de las pasiones populares, regando de lágrimas y de sangre el suelo centroamericano. Por eso hemos vivido estacionarios, á la retaguardia de las naciones del nuevo continente.

Creo, en verdad, que si nuestros abuelos hubieran tenido que luchar con las armas en la mano por la conquista de nuestros derechos, otros fueran hoy día los destinos de Centro-América. A pesar de nuestros frecuentes elogios en pro de la gran fecha histórica que hoy celebramos, no

podemos menos de reconocer que nos sería mil veces más querida, que constituiría para nosotros más glorioso triunfo, si el acta del 15 de septiembre de 1821 hubiera sido escrita con sangre de héroes y de mártires. Un bien que cuesta poco nunca es dignamente apreciado, y eso nos ha sucedido á los centroamericanos. No hemos comprendido hasta ahora, no hemos sabido apreciar en lo que vale el don divino de la libertad. El combate y el martirio ponen una aureola de soles sobre la frente de las naciones; y como lo he dicho ya en otra parte, "los pueblos jóvenes necesitan un bautismo de sangre que guarde vivo su entusiasmo por la sagrada religión de la patria." Y os pondré de relieve, como ejemplos que corroboren mis palabras, las naciones suramericanas y México, que hicieron con rojas manos su libertad, según la frase de Díaz Mirón. Aquellas antiguas colonias son hoy día países florecientes que han desplegado sus pabellones gloriosos á los vientos de la civilización universal: sus instituciones esencialmente democráticas han dado vida al progreso público, enriqueciendo sus industrias, sus ciencias y su comercio, presentando á los jóvenes pueblos como países poderosos á los ojos del extranjero.

Señores: nuestros pueblos ven ahora á través de un velo todavía indeciso, los rayos de oro de una hermosa esperanza. Han sentido renacer sus energías, han vuelto á la vida de la ilusión próxima á convertirse en realidad. Si la nueva nación llamada Estados Unidos de Centro-América construye el edificio de su poder sobre las

sólidas bases de la ley y del derecho, pronto cambiará el destino de estos pueblos, pronto se verán premiados los esfuerzos de los inolvidables patriotas que hoy duermen en la tumba y que derramaron su sangre abnegada para abonar el árbol de libertad y de unión que debía florecer en el porvenir.

El Congreso reunido en Managua es el más glorioso de todos los congresos centroamericanos, después del reunido en 1821. El simboliza todas las aspiraciones, todas las esperanzas de nuestros pequeños Estados, á quienes atormenta el sueño del progreso, el portentoso sueño de una gloria única, cobijada bajo el antiguo pabellón federal.

Nosotros sentimos sed de unión, hambre de confraternidad, deseo de no morir sin ver realizado el supremo ideal de Centro-América. Vibra en nosotros aquella ardiente aspiración que alimentaron nuestros mayores. Ellos sentían la infinita tristeza de un sueño imposible: eran apóstoles de una religión de luz, pero que apenas brillaba entre la densa sombra, como esas pálidas estrellas que brillan débilmente en los cielos invernales.

Lloraban nuestros abuelos sobre los escombros de la antigua patria: lloraban los nobles patriotas sobre las ruinas de la Federación, comprendiendo que se abría un abismo sin fondo en el cual quedarían sepultadas nuestras pequeñas nacionalidades. Comprendían que dejaban á sus hijos una patria mísera, dividida en jirones, una patria que no era la que se fundó el 21. Y los más en-

tusiastas de la gloria nacional, combatieron en la prensa y en la tribuna, combatieron con la espada en el campo de batalla, en favor de la unión federativa; pero está visto que cuando la semilla de la discordia se ha sembrado sobre un terreno feraz, nada valen las voces de la inteligencia, nada los sacrificios del martirio, nada los hechos heroicos engendrados por la sagrada causa de la libertad de los pueblos. Allá veo la hermosa figura de Morazán, melancólico al subir las gradas del cadalso político: figura doliente y querida que es el símbolo más completo de nuestra historia de luchas por alcanzar la unidad de la patria. Fué aquel hombre la encarnación de una idea, la voz de un porvenir, el mártir de un principio. Fué uno de esos espíritus extraodinarios que surgen como soles luminosos en plena bruma sombría, brillan un instante esparciendo calor y vida y luego se apagan en un ocaso sangriento, ante la noche tempestuosa que arroja sobre los cielos y sobre el mundo su densa clámide de tinieblas. El semejaba uno de aquellos héroes polacos que cantaban con triste voz, en las frías estepas rusas, los acerbos dolores de Polonia: él perseguía la libertad bajo otras formas, comprendiendo que seríamos siempre esclavos bajo el obscuro régimen que predominaba en su época é iba como los grandes libertadores, de pueblo en pueblo, atormentado por la gran idea que le mordía el cerebro, que le laceraba el corazón, á veces triste como Martí y á veces indignado como Bolívar cuando traía á la memoria la visión de Colombia, sollozando bajo el peso de la tiranía española.

Pero ha llegado el día en que la fe en aquel grandioso ideal político vuelva á reverdecer en nuestras almas, como los rosales de un campo yermo con el fresco rocío de la noche: vuelve á nosotros la esperanza que como una paloma blanca aleteó tantas veces en el corazón de los antiguos patriotas; porque siempre las generosas causas, los divinos ideales, encuentran luchadores y mártires y abnegados apóstoles que saben defender sus doctrinas.

Volverán los días de oro para Centro-América: volverá el viejo pabellón federal á flamear altivo en la primera alborada de la gran patria: que para todos los pensadores unionistas la entrega de la Constitución elaborada por el Congreso de Managua se asemeja á aquel acto solemne en que se abrieron en esta capital los pliegos que acreditaban la independencia de estos países. Esos documentos en que palpita el alma de nuestra patria grande son los más hermosos títulos históricos de que con justicia podemos enorgullecernos.

No desmayemos por alcanzar la cima de esa portentosa montaña de ideales donde crece el verde laurel que inmortalizará las sienes de los buenos patriotas: subamos hasta contemplar desde la cúspide iluminada por el sol, los azules horizontes de nuestra bella Centro-América, situada admirablemente entre naciones poderosas, al arrullo gigante de dos mares; y comprendamos de una vez que la unión definitiva será el prodigioso florecimiento de nuestras Letras, la perfección de nuestras Artes é Industrias y el apogeo de nuestra glória.

Saludemos la nueva aurora que brilla en el oriente, y hagamos votos por que sea eterno el claro día de redención y de confraternidad.

Saludemos al horizonte del porvenir... ....y que caiga sobre nuestros destinos la benévola voluntad de Dios!

He dicho.

Discurso

pronunciado por don Ricardo Pineda en nombre de la Corte Suprema de Justicia, el 29 de septiembre último y en el salón del Cabildo municipal de esta ciudad.

Señor Presidente: Señores:

Gratísimos instantes son estos en que, ante tan buenos patriotas como sois vosotros, vengo á hablar de la libertad y de la justicia. Gratísimos instantes, porque vengo investido de la alta cuanto inmerecida honra que me discernió la Honorable Corte Suprema de hablar en este aniversario de fecha gloriosa é imperecedera, á nombre del Poder Judicial; de ese poder que como el sol, centro del sistema planetario allá en los espacios infinitos, es acá en la Tierra, sol, centro de atracción de los derechos civiles y políticos, luz que esplendente ilumina la conciencia moral de la humanidad.

El Poder Judicial hondureño no tiene la opinión de los que creen que no debiera celebrarse nuestra emancipación política porque ya setenta y siete años han sido suficientes para decir todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande acerca de un hecho tan importante y tan trascendental como es ese; para que los poetas hayan formado sus

odas y cantado la epopeya, y para que los escritores hayan hecho los necesarios esfuerzos á fin de que sus apreciaciones sean recogidas oportuna y benévolamente por la Historia.

El Poder Judicial piensa, por el contrario, que celebrar estos días con toda la pompa debida, es dar á los contemporáneos lecciones prácticas de verdadero patriotismo, que trasmitidas siempre á las generaciones venideras harán generalizar, mantener y sostener con calor y con entereza que en esta patria de las elevadas cumbres, de las grandes llanuras y de las especiales sinuosidades, no puede imperar la tiranía; y que la América Central debe ser en todo tiempo, independiente no sólo de España, sino de cualquiera otra nación, como dice el sabio Valle en el acta de independencia; y que ha sido favorecida por la Naturaleza para ser la tierra clásica de la libertad, y para demostrar con el tiempo ante el mundo, que la libertad no sólo *habla inglés* como alguien ha dicho, sino que también *habla español.* En tal concepto, bello, elocuente y provechoso es evocar los recuerdos del pasado que nos traen el pleno convencimiento de lo que somos, y nos indican sinceramente á donde nos dirigimos.

Allá en los últimos y vacilantes crepúsculos de la Edad Media, del otro lado de la tierra existía ignorado, pero tranquilo y feliz, un mundo que se llamaría América. Mas la ley providencial del progreso, como diría Laurent, debía cumplirse ineludiblemente, y el nuevo mundo descubierto, verificar una gran revolución en geo-

grafía, en historia, en todas las artes y las ciencias, y en todas las ideas de época. Como sabéis, se llevó á cabo la epopeya de la conquista. Forcejaron los naturales con fe inquebrantable por sostener incólumes sus dominios; pero de qué le sirvió á Moctezuma su sagacidad para Cortés y á Guatimozín haber exclamado en su lecho de dolor: por ventura estoy yo en un lecho de rosas?; de qué le sirvió á Copancanell su bravura, á Lempira su tenacidad invencible, á Urraca su perseverancia y su decepción de retirarse abatido á las montañas; á Atahualpa su generosidad para Pizarro y al gran Caupolicán su indómita fiereza? Esfuerzos inauditos que hacen pensar en el sentimiento de nacionalidad; pero que á pesar de todo, la dominación española sentó sus reales en estos países queridos, por espacio de tres siglos. Con ella nos vino la esclavitud y destrucción, pero también nos vino la mediana civilización que alcanzamos. Escrito estaba en el gran libro de los tiempos, que la hora de la justicia debía sonar, como en efecto sonó para el Continente. Por todos los ámbitos atronó la independencia desde el San Lorenzo hasta la Patagonia: se derramaron torrentes de sangre; los montes, los valles y los ríos son mudos testigos de las grandes hazañas de los héroes; el Chimborazo pregona la fama de Simón Bolívar, el más grande hombre de la América latina; y Mont Vermont es el granítico pedestal de la grandeza inmaculada de Washington, el modelo de republicanos sin tacha. La independencia fué un hecho. ¡Gloria eterna al genio de los libres!

Seríamos muy diferentes de lo que somos si desde el momento en que estableciose nuestra hegemonía, nos hubiéramos dedicado á labrar nuestra felicidad; pero no fué así: aparecieron las bastardas ambiciones y la guerra civil con todos sus horrores se cebó en nuestros pueblos; la paz bienhechora y fecunda en grandes beneficios no se ha conocido entre nosotros; nuestro atraso ha sido incuestionable porque la libertad ha estado á merced de los malos gobernantes y porque la justicia se ha visto pisoteada por los déspotas. La fortuna ha elevado á los hombres al Poder que tal vez no merecen, y la opulencia en que se han visto, el deseo inmoderado de mandar perpetuamente, los han convertido en tiranos. Y si no, qué fueron los Rosas, Veintemillas y Guzmanes? Ya lo he dicho en otra ocasión, y no me cansaré de repetirlo:"monstruos execrables que jamás la historia podrá justificar."

La falaz hipocresía ha imperado en todos los actos de Gobierno: la libertad ha sido un mito, el derecho una quimera y la diplomacia un pasatiempo. La vanidad y ostentación han sido los móviles de los gobernantes, el militarismo inconsciente su principal apoyo. Suena el cañón, asordan tambores y clarines y bandas marciales. Qué sucede? Señores: que viene el Presidente. Tal es el decir en muchas partes de la América española.

Sin la justicia, ha dicho Laboulay, no es posible el gobierno y la sociedad. Suprimidla, expone Guridi, y veréis á los hombres volver á los bosques y llevar allí la vida de fieras. El caos y la

confusión son consecuencia lógica de la falta de justicia; el caos y confusión durante muchos años han reinado en la América latina. Verdad es que se han redactado códigos y que en las diversas Constituciones han quedado estatuidas las garantías individuales; pero no se ha aprendido á respetar ni á cumplir la ley. Verdad es que se conoce el derecho de *hábeas corpus* y la inviolabilidad del domicilio; pero nadie ha podido decir como Lord Chatham: "La casa de cada hombre es su castillo. ¿Por qué? Porque se halla rodeada por un foso y defendida por una muralla? No. Puede ser una cabaña de paja; puede el viento silbar alrededor de ella, la lluvia entrar; pero el rey no." Verdad es que existe la libertad de la palabra y de la acción; pero todavía no se ha dado el caso en que un molinero de Saint Succi diga al Presidente: "tenemos jueces en Berlín;" ni siquiera un caso semejante al del Czar de todas las Rusias con su Ministro Valuieff y con el periodista Katkoff.

La legislación durante las colonias y mucho tiempo después, consistía en estas obras: compilación de Indias, Las partidas de Alfonso el Sabio, la Novísima recopilación, etc.: la mayor parte de ellas, monumentos literarios y jurídicos.— Entre nosotros los hondureños rigió ese fárrago de leyes españolas hasta en 1881 en que se promulgaron los códigos actuales. Organizáronse entonces la Corte Suprema y demás tribunales de justicia, los que han desempeñado su elevada misión con admirable celo. Sólo faltaba para que éste fuera mayor, que alguien *pro Patria* les hiciera

graves é infundadas imputaciones; principalmente hoy en que, como todos saben, es *un hecho tangible en Honduras* la independencia de los Poderes. Tenemos en práctica la Constitución del 94: quizá la más liberal de cuantas se conocen; pero aun no nos hemos acercado al supremo ideal. ¿Hasta cuándo? Si no me equivoco, hasta que cada hondureño pueda exclamar orgulloso: "yo no soy rey, pero soy ciudadano y amo la ley"

He dicho.

Discurso

pronunciado el 29 de septiembre de 1898, por don Carlos Gutiérrez, en el Salón Municipal de Tegucigalpa.

Esta es, señores, la primera vez que ocupo la tribuna, llamado á ella por la decisión honrosa de un Cuerpo colegiado.

No sé acertar con los motivos que hasta hoy han impedido que en mi persona recayera tan halagadora distinción. Vacilo entre dos deducciones opuestas: ó bien se ha dudado, y con justicia, que tenga las aptitudes necesarias para el caso, ó se ha creído, haciéndome también justicia, que mi carácter, poco dùctil por naturaleza, no se prestaría á la flexibilidad que debe distinguir á todo orador, bueno ó malo, siempre que tenga que dirigirse al público como fiel recomendado de otros.

Lo primero me abrumaría en extremo, porque nadie se aviene á ser postergado por imbécil: lo segundo me honraría sobre toda ponderación, porque los que de mí tal piensan, no hacen otra cosa sino juzgarme tal como soy y como debo ser.

Ha querido mi buena suerte que aquellos que me han llamado por esta primera vez, para interpretarlos en una fecha gloriosa, sean hombres como los que en mis agradables abstracciones había yo soñado para que me llamasen. Hombres libres del hoy, ciudadanos independientes y desprovistos de vulgares preocupaciones, que no verán con malos ojos que mi palabra eslabone los pensamientos en el luminoso campo de la idea, por más que ellos en su esencia no estén acordes con la nota del diapasón general.

Se me ha dicho que ocupe esta tribuna y que os dirija la palabra celebrando las glorias inmarcesibles de una fecha inolvidable.

Si se trata de entonar un himno grande y robusto enalteciendo el día venturoso de nuestra Independencia Nacional; si lo que se desea es que formule y vierta frases conmovedoras y ardientes en loor de la emancipación del esclavo; si lo que se quiere es que con mi discurso haga desbordarse en vuestros pechos el entusiasmo, nunca extinguido, del noble patriotismo, aquí me tenéis dispuesto á complacerles, aquí me tenéis decidido á hacer un esfuerzo sobrehumano, á fin de que la palabra débil é imperfecta para expresar las grandes emociones, brote clara y sonora de mis torpes labios, y vaya á despertar en vuestras almas generosas el entusiasmo santo con que se solemniza el triunfo de las grandes causas.

Pero si acaso se pretendiera de mí, que al ocupar esta tribuna, me echara sin meditarlo por la trillada senda que ha conducido á muchos hasta el error y la injusticia; si hubiere entre vosotros

algunos con la esperanza de oir en el curso de mi disertación, dicterios y desahogos inoportunos contra la vieja y noble España; si los apreciabilísimos caballeros que me han honrado con su valiosa confianza, pensaron que yo cumpliría mi cometido enalteciendo los beneficios que produjo nuestra Independencia del reino ibero; si tal se imaginaron, preciso es que lo diga, ellos y vosotros habéis pensado con error.

Mis ideas á este respecto son excepcionales. Si bien reconozco que la Libertad, la Independencia y el Gobierno propio, son dones excelsos, también la dolorosa experiencia me obliga á confesar que al independizarnos de la madre patria, no hicimos más que adoptar una forma distinta de gobierno que en nada ha favorecido nuestro progreso y nuestras instituciones, toda vez que nos encontramos estacionarios en el camino de la moderna civilización.

Nada significa el nombre de las cosas si el fondo de ellas viene á ponernos frente á frente de una irrisoria y abrumadora realidad.

Nuestras Repúblicas de la América del Centro, y con raras excepciones casi todas las del Sur, son ejemplo vivo de que la libertad, los principios puros y las instituciones verdaderamente democráticas, no forman el espíritu que debía caracterizar á los gobiernos que pomposamente se acogen bajo el dictado de gobiernos republicanos.

Y no se vaya á creer que todo el peso de la culpa lo llevan sobre sus espaldas los hombres que nos mandan. Lejos, pero muy lejos de mí

está la idea de señalar como únicos culpables á los que, favorecidos por el voto popular ó por especiales circunstancias, se sientan en el solio presidencial. La causa de sus innumerables desatinos; el motivo por el cual no se consolidan nuestras ilusorias libertades, existe en nuestro viciado origen, en nuestro organismo desequilibrado é incipiente, que falto de toda preparación primordial, recibió de golpe, sin saber siquiera de dónde le venía, una fuerza impulsiva de inconcebible potencia, que en vez de lanzarnos rectamente por la vía del progreso y la perfección, no hizo sino arremolinarnos en torno de nosotros mismos, con un girar vertiginoso, en el centro del cual como en el caos, no distinguimos la luz de la verdad que ha de salvarnos.

Nuestra Independencia de la Nación conquistadora, fué la puerta por donde entramos á la arena de las luchas interminables.

Nos lanzamos al sangriento combate desapercibidos de cota y malla. Lucía en nuestros ojos el brillo esplendoroso del orgullo triunfante; la conciencia de una nueva vida, la idea de la libertad, el sentimiento de nuestra repentina independencia, nos hacían creernos fuertes y debidamente constituidos para guardar, defender y enaltecer el inesperado dón con que al destino le plugo favorecernos. ¡Locuras de la inexperiencia!

Aun no habíamos traspasado la frontera del territorio señorial en que vivíamos y ya empezamos á encontrar difícil la carga de nuestra emancipación; el tesoro de nuestras preciosas libertades casi nos aplastaba con el peso de la terrible

responsabilidad que nos impuso. Empezó el abatimiento cruel, llegó el confuso desorden que ocasiona en el ánimo la posesión de un bien superior á nuestras facultades; la ambición, alentada por la falta de medios para rechazarla, afiló sus garras y extendió sus alas, y en el mismo suelo en donde se cantaba el glorioso hosanna de Libertad é Independencia, se levantó la cabeza, no ungida, de un hombre, pretendiendo forjar con los eslabones rotos de la cadena que á España nos unía, una diadema imperial para su frente soñadora.

Después sobrevino la desunión que diezmó nuestras huestes y paralizó los esfuerzos de nuestros grandes patricios, que desalentados y ya sin fe, vieron en mala hora desmembrarse á la querida patria, romperse la bandera de sus patrióticas adoraciones y dividirse en cinco pedazos informes, que desde entonces simbolizan la desgracia de cinco naciones incompletas, cuyos pueblos hermanos tienden á borrar los linderos con que la ambición y el egoísmo han venido á separarlos.

El cura Hidalgo en Méjico y Simón Bolívar en el Sur, jamás se imaginaron que sus cruentos sacrificios, que sus desvelos y afanes para conquistar la independencia de la América Latina, vendrían á ser recompensados con la más reprochable ingratitud. Porque, más que ingratos, somos, señores, los que escarnecemos ó dejamos escarnecer los sacrosantos nombres de Patria, Independencia y Unión.

Nuestros próceres de 1821, quisieron hacernos libres para que la unión fortaleciera nuestras

nacientes instituciones, para que la libertad fuese la base de nuestros *principios fundamentales*, y para que el goce de nuestra gloriosa Independencia elevara nuestro espíritu hacia las cosas grandes y nos hiciera dignos de poseerla y hábiles para manejarla en todas sus diversas manifestaciones; y nosotros ¿qué hemos hecho? Despreciar las sanas enseñanzas de la experiencia, encerrarnos en el egoísmo vulgar, sacrificar los intereses generales en bien de nuestro particular interés, desunirnos y fomentar con la desunión los trabajos de la intriga y de las ambiciones torpes, y, por último, lanzarnos en una vida de zozobra, de luchas desleales y de sangrientas revoluciones, iniciadas y sostenidas por el caudillaje oprobioso que no lleva en mira más que el logro de personalísimos intereses. Y así, de esta manera, observando esta innoble conducta que nadie puede negar y mucho menos hacer justificable, no hemos correspondido en forma alguna á los nobles propósitos que tuvieron en mira aquellos hombres de alma elevada y nobilísimos sentimientos, cuando lucharon como bravos y murieron como mártires en persecución del triunfo de la idea redentora.

No creo que constituya un bien positivo para estas Repúblicas el haberse independizado de la madre patria.

¿Quién no conoce la tempestuosa vida de estos países desde que dieron en llamarse Repúblicas libres de América? De revolución en revolución hemos caminado desde entonces, agotando nuestros escasos elementos de vida, derramando á

torrentes la sangre de nuestros pueblos hermanos, y lo que es más grave aún, exhibiéndonos ante el mundo civilizado como verdaderos salvajes indignos de poseer esa gloriosa independencia de que tanto blasonamos.

El atraso desconsolador en que vivimos moral y físicamente es una prueba tangible de lo poco ó nada que ha influido en nosotros el hecho de nuestra Independencia Nacional.

¿Y por qué si no carecemos de aquellos elementos principales que son la base de todo progreso, no lo hemos alcanzado todavía? ¿Qué debemos hacer para lograrlo? ¿Cuál plan debiéramos adoptar para conseguir tan noble ideal?

Hace algunos días que escribió un hombre pensador las líneas siguientes que literalmente dicen: "Centro-América no será digna de su Independencia mientras no se reconstruya la antigua nacionalidad.—*P. Bonilla.*" En este pensamiento, señores, dictado por el buen raciocinio y el noble patriotismo, está la contestación para mis preguntas anteriores.

El doctor Bonilla lo comprende así: nada valemos, nada significamos, de nada somos dignos mientras la bandera de la Federación permanezca hecha pedazos sirviendo de irrisorio ejemplo á los países sólidamente constituidos. Ser esclavos de la desunión y los infortunios que ella atrae, vale tanto como llevar el yugo que la nación conquistadora nos impuso.

Destruir las imaginarias fronteras que separan á estos Estados del Centro, es el camino más corto para llegar á la felicidad relativa.